

El puñal en el valle

Sento S.

SAGA DE ASTAN I

EL PUÑAL EN EL VALLE



SENTO SALVADOR

Capítulo 1

I - Duro día para ser el nuevo

Braia

Estaba nervioso. Era una sensación a la que ya estaba acostumbrado. Sabía lo que era sentirse fuera de lugar, pues ya lo había estado en la ciudad de Valece viviendo con su familia adoptiva. Ni siquiera se reconfortó al bajar de la cuadriga y pisar tierra firme con sus pies.

Unos cuantos criados se acercaron con disimulo a recoger sus equipajes justo antes de que cruzara el portón. El suyo se resumía en dos fardos de tela abultados y andrajosos, llenos de ropas viejas. El viejo Malkat siempre había sido demasiado huraño, y más aún si se trataba de las pertenencias de su hijo adoptivo. Pero no le importaba, pues aquel iba a ser su nuevo hogar. Su nueva vida. La tercera que tendría.

Intentó entablar conversación con el niño que se acercó a por sus pertenencias, pero la única respuesta que obtuvo fue un temblor en los labios de éste y su huida inmediata. Debió suponerlo, era como mirar directamente a su pasado. Cuando a él no le habían descubierto el Don y no era más que un simple siervo, lo primero que le enseñaron fue a tratar a los que sí lo tenían con temor y respeto, pues al fin y al cabo podían disponer de tu vida a su antojo. Aún no se acostumbraba a su nueva posición social por más tiempo que pasara.

No desistió y centró su atención en otro recién llegado que admiraba la ciudadela a unos pocos metros de distancia. Era más bajo que él, como todos los chicos de su edad, y unos treinta quilos más delgado.

— ¿Es también tu primer día? —ya sabía que sí. Sus ropas negras y grises lo indicaban, pero estaba ansioso de conocer gente. Todos los que habían llegado como él en esos carrromatos eran novatos venidos de distintos asentamientos. No era la forma más original de entablar amistad con nadie, pero era una manera como cualquier otra de iniciar una conversación.

El chico asintió, pero con la mirada fija en la escalera de enfrente. Braia entendió que aún se encontraba un poco mareado del viaje de cuadrigas desde Fertal, con esos animales alcanzando una velocidad endiablada.

Si su acompañante quería responderle, perdió pronto la ocasión. A su alrededor comenzó a formarse un corro de curiosos que le hicieron sentir muy incómodo. Notaba sus miradas punzantes en la nuca y una malsana presencia que le encogía por dentro hasta desear desaparecer. No le gustaban las multitudes. Le hacían sentirse como cuando era pequeño y su padre le llevaba a la aldea vecina. Mientras su progenitor se entretenía comprando el pescado, él miraba el ganado que exhibían los pastores en busca de comprador. Ahora era parte del rebaño junto al resto de novatos, y los iniciados más veteranos eran los curiosos, ansiosos por comérselos esa misma noche.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó él. No esperaba que el chico de su izquierda contestara, pero prefería distraerse con una conversación fallida antes que hacer frente a la multitud agolpada frente a ellos.

Le dio la sensación que la respuesta que obtuvo fue por el simple deseo de que dejara de importunar, así que desistió en su empeño de hacer amigos— Certus. Mi nombre es Certus Leva Sacmis—. Su interlocutor era un chico también alto para su edad, aunque espigando y de rasgos marcados, como un escultor dibujando el mármol con fiereza. Certus ni siquiera se dignó en mirarle mientras se presentaba.

Al entrar a la gran ciudadela por la inmensa escalinata de mármol negro se percató de que el recibidor era enorme, tanto o más que lo que su hermana Shrista le había relatado. Era completamente de piedra blanca, formando una bóveda vaída flanqueada por inmensas columnas estriadas en el fuste y lobuladas en su capitel. Estaba mucho mejor construido que la húmeda y roñosa casa de Malkat, que no era más que piedra desgastada sobre piedra. Así, el recibidor de Levant era tan grande como para albergar a varios centenares de personas. Al mirar al techo decorado con mosaicos de motivos geométricos, a Braia le dio la sensación de que un abismo oscuro se cernía sobre él, pero en lugar de asustarse predijo que se debía a la ausencia de iluminación en la cumbre de la bóveda.

Cuando pertenecía al mundo de los siervos todo lo que sabía era que se trataba del lugar donde los hijos de los privilegiados acudían para ser formados y desarrollar su poder. Tanto a él como a su hermana mayor, pese a ser hijos de siervos, les detectaron ese mismo talento, el Don. Los separaron de sus padres y los dieron en adopción al viejo Malkat, un anciano gruñón al que su propia sombra abandonaría con gusto si tuviera oportunidad. Ahora él era un privilegiado y acudía a formarse al mismo lugar que los hijos de los amos de sus padres. Los mismos amos que él

había tenido en la infancia.

—Esa debe ser la gran escalera— murmuró al verla. Al frente nacía una escalinata de piedra maciza con bordes tallados que formaban bestias fantásticas, acabando al borde de una estatua de un anciano de tres metros de alto que indicaba donde se encontraba el primer piso.

—Sí. Pero solamente llega al nivel inmediatamente superior. Para el resto de alturas se accede por otras escaleras secundarias—. Braia se alegró cuando Certus le respondió. Quizás sí había conseguido un amigo.

—Esa puerta de la izquierda del recibidor lleva al comedor principal — continuó Certus, señalando una gran puerta de madera noble—. El gran pasillo de la derecha conduce a los dormitorios —. Braia se maravilló. El corredor era tan grande como una casa y bordeaba la planta del edificio como un anillo, virando a la izquierda, y delatando la planta circular de la ciudadela.

La estancia estaba decorada con ricas y coloridas pinturas que representaban una gran batalla, casi sin dejar ver el mármol desnudo de las paredes. No se fijó muy bien en éstas. Acababa de recordar a Shrista, su hermana. Ella debía ir a recogerlo, estaba seguro, pero no aparecía por ningún lado. En su lugar no paraban de llegar más y más rostros curiosos que se agolpaban alrededor de la veintena de recién llegados. Eran cabezas de ganado- recordó- y en cualquier momento un granjero se acercaría a preguntar el precio de este ejemplar especialmente rollizo. Aquellos segundos se le hicieron eternos, hasta le pareció que sus propios latidos se ralentizaban para sincronizarse con el ambiente.

Miró a todos lados, intentando identificar cuales parecían más amenazadores. Un tipo especialmente grande de la derecha y con cara de pocos amigos parecía dispuesto a buscar problemas, pero también un pelirrojo de sonrisa pícaro y mucho más bajo.

Miraba a todos lados intentando evitar posibles problemas. Era algo que le habían enseñado sus padres, los de verdad, cuando se trataba de comportarse en presencia de privilegiados. Viejas costumbres.

Los novatos cerraron filas sin tomar consciencia de ello, como si el color de sus ropas se atrajera entre sí. Formaron un semicírculo irregular con el que defenderse de su propia vergüenza cuando un gran grupo de unos treinta veteranos se acercó. Estaban liderados por un narigudo de lacio pelo rubio. Su risa ladeada se notaba falsa y mecánica. Fue el primero que

habló, como portavoz ensayado de todo el grupo.

— ¡Hola, hola, hola! Amigos míos, espero que os guste nuestra ciudadela Supongo que ya sabéis que tenéis el día libre. A los recién llegados se les da una jornada de gracia para instalarse, así que mis compañeros y yo estamos dispuestos a mostraros cómo funcionan las cosas en la ciudadela de Levant. ¿Verdad que sí?— preguntó a su espalda. Varias afirmaciones tímidas fueron las respuestas.

Se percató que Certus miraba de un lado a otro sin hacer excesivo caso al discurso, como si buscara algo o a alguien. También que otros veteranos arrastraban a algunos novatos fuera de allí, la mayoría con cara de preocupación y con tanta rapidez como podía permitirles el disimulo. Seguramente se tratara de sus hermanos, primos u otros familiares.

— ¿Dónde se habrá metido? —musitó a su lado Certus, intentando levantar su cabeza por la multitud. Por su parte, el portavoz de los veteranos intentaba charlar con varios de los recién llegados menos tímidos, riendo a la mínima oportunidad. Braia se quedó mirándole, pero Certus se escabulló intentando pasar inadvertido.

—Novato, ¿Dónde vas? —le interpeló un veterano, a lo que todos, incluido Braia, miraron al chico.

—Me esperan. Ya sabes, los amigos de...

— ¡Tonterías! Nosotros estamos haciendo un esfuerzo por integraros. Daremos una vuelta por todos los terrenos y tendréis también una bienvenida apropiada, ya que la ceremonia oficial no comenzará hasta pasado mañana. Lo menos que puedes hacer es agradecernos el esfuerzo, ¿no crees?

Braia notó la presión que aquel chico ejercía sobre Certus, el cual no rehuía la mirada a su interlocutor.

— ¿Qué decís? ¡Vamos a pasar el mejor día de nuestras vidas! —vociferó el rubio.

Los veteranos de capas azul y roja le vitorearon mientras carcajeaba sin motivo, solamente unos pocos novatos le secundaron, aunque muchos más se sentían incómodos.

Ya no tenía ninguna duda, aquel era el peor día de su vida. Olía a mierda de caballo y estaba tan cansado por todo lo que le obligaron a hacer que las piernas casi no obedecían sus órdenes. Días atrás había imaginado que su primera jornada consistiría en una fiesta en un comedor fastuoso con toda la comida que podían ofrecerle, pero la realidad se burlaba de él. Siempre lo hacía.

Desde que llegó por mañana a la fortaleza había limpiado las caballerizas para los veteranos, andado durante horas al sol con una bolsa de piedras a la espalda, comido gusanos y otras tareas que no deseaba ni a su peor enemigo y prefería no recordar. ¿Y por qué? Por ser un novato, un novicio de capa negra. Al parecer era un ritual para todos los que llegaban por primera vez a su entrenamiento en Levant.

La noche sin luna reclamaba su tiempo y él todavía seguía fuera de Levant junto a los demás iniciados. A lo lejos podía ver la ciudadela, un edificio de gran planta y varias alturas, edificado en mármol blanco y poblado de columnas repletas de bajorrelieves que no podía distinguir por la lejanía y la falta de luz, pero que estaba seguro se trataban de homenajes a diversos acontecimientos del reino o a personajes ilustres. No pudo llegar a contar las alturas, pero eran casi una decena. Aquella especie de torre de mármol, más ancha que alta, otorgaba con su simetría desde cualquiera de sus ángulos una agradable paz visual. Entre las columnas nacían numerosas y pequeñas ventanas. La ciudadela se encontraba construida sobre un pequeño montículo, que pese a ser relativamente bajo, dominaba una extensa llanura poblada por prados de hierba seca y, a lo lejos, los pequeños poblados de siervos y los campos de cultivo.

—Pararemos aquí— anunció una voz, y Braia rompió sus pensamientos con la edificación para volver a la cruda realidad.

Frente a su grupo estaba otro formado por otros iniciados más veteranos. Ellos les habían hecho pasar todo aquello. Con un gesto de superioridad en la boca que le hacía temblar en lo más profundo de su ser.

En ese momento, estaban interrogando a una de las novatas.

— ¿Cuál es tu nombre?

La chica no parecía haber estado más asustada en toda su vida. Miró al

suelo en lugar de a quien le había formulado la pregunta.

— ¿Estas sorda o acaso nos estás ignorando? Te han hecho una pregunta. ¿Cuál es tu nombre?

—U... Ursa.

— ¿Ursa? ¿Qué os parece chicos, creéis que es nombre de Nou? — todos los veteranos rieron excepto alguna honrosa excepción. Él se tomó aquellas palabras peor que cualquier otro. No sabía cuánto tiempo más podría controlar su esfínter.

Las carcajadas quedaron mudas al taparse con un trueno. El cielo empezó a amenazar al grupo, que no parecía percatarse. El viento frío peinaba las hierbas del suelo, haciéndolas silbar.

— ¿Ursa que más? Tenemos que saber cuántos de los novatos no son de familias honradas—. El interrogador acercó su cara a Ursa, agachándose un poco ya que era demasiado alto. Tenía tal protuberancia por nariz que hubiera podido sacarle un ojo si aproximaba un poco más su rostro al de ella. De tan cerca podría oler la mierda de caballo que aun apestaba en las ropas de la chica

— ¡Vamos, tu nombre completo!— El grupo que rodeaba al gigante rubio narizón jaleaba exaltado.

—Yo... yo.

— ¡No tenemos toda la noche, niñata!, ¡Aún quedan a muchos por interrogar!— dijo señalando al corro de novicios en el que él se encontraba.

—Me... me ll...— la lengua parecía a punto de salirse de su boca debido al terror.

— ¿Cómo te llamas?, ¡¿Cómo te llamas!?

La chica cerró los ojos y recitó el nombre de carrerilla.

—Ursa Leva Sharc.

— ¿No estarás mintiendo, verdad? ¿Seguro que eres del clan Leva? ¿No serás una Nou? — La chica negó con la cabeza.

Se esperaba algo parecido. Su hermana le había dicho que los Nou no eran bien recibidos. Eran la escoria de la ciudadela. Todos les hacían a un lado, les miraban con asco y evitaban hablar con ellos. Todo por nacer en

familias de siervos.

—Déjala ya, Urobor. Ursa vive en Valece, la casa de su familia está cerca de la mía. —Se oyó la voz femenina desde atrás del chico. El rubio asintió con la cabeza y le hizo un gesto con la mano para que se retirara. La chica, asustada, dio unos pasos inquietos hacia atrás.

—No, Ursa, ahora ya eres de los nuestros. Ve allí —dijo el rubio mientras señalaba al grupo de exaltadores de su espalda. Las nubes bramaron de nuevo y la noche centelleó. El miedo de ella pareció aliviarse. No más mierda de caballo, no más barro, no más piedras en la espalda. Esa pesadilla de noche llegaba a su fin para Ursa. En su lugar, se hubiera sentido alegre.

— ¿Quién va ahora?— curioseó el rubio entre la chusma de novatos. —Tú mismo, el de al lado del gordo— señaló a un pelirrojo lleno de pecas y de ojos hundidos que estaba a su derecha. Durante un segundo sintió una punzada de miedo en la nuca de tal intensidad que no le importó que le llamaran gordo.

El chico dio un paso adelante con una sonrisa casi desafiante. Al ponerse frente a Urobor se vio una gran diferencia de estatura de algo más de medio metro. Aun recordaba como esa tarde se jactaba delante de él en la caminata aborrecible con piedras en la espalda.

—Me aceptarán enseguida — le había asegurado el pecoso de baja estatura—. Mi familia es tan o más importante que la suya. Entiendo que lo hagan con los Nou, porque son diferentes, ¿Pero conmigo? ¿Acaso llevo algún tatuaje? Criado en una familia pura desde tiempos de Astan, no todos pueden decir lo mismo. ¿Tú de dónde eres?

Había vacilado un segundo antes de contestar. Las piedras le pesaban demasiado, y el sol parecía aliarse con los torturadores para hacer la experiencia más desagradable aún. El clima de aquel día era inconstante, con lluvias y sol tan cambiantes como el humor de su hermana, formando el arcoíris más horroroso que nunca hubiera contemplado. —En la casa de Malkat Leva Laksmie es donde me he criado. Es un enviado en algunas aldeas al sureste de Bonvent.

— ¿Así que es familiar tuyo?— Dedujo erróneamente, pero no se molestó en contradecirle. Malkat no era su familiar, al menos no sanguíneo, sino que le habían obligado a adoptarle junto a su hermana, por ello llevaba su

apellido.

—Conozco a algún Laksmie, seguramente sean familiares de Malkat —dijo su acompañante mientras él se limitaba a sonreír y secarse el sudor con la manga de su ropaje de tela. Por lo que sabía del viejo, si tenía algún familiar debía ser lejano. En los años que llevaba viviendo bajo su techo ninguno le había visitado, ni el anciano había mencionado tampoco su existencia.

—Por cierto, me llamo Faile —continuó.

—Zir...digo Braia. Encantado—. Debía de tener cuidado de usar su nuevo nombre. El viejo Malkat les había enseñado a la fuerza que su nombre de negado era una deshonra. Ahora se llamaba Braia, como el legendario guerrero de tiempos antiguos, el de la Batalla de los Mil Héroes.

Urobor no dio ningún rodeo esta vez— ¿Cómo te llamas?

El pelirrojo al que le habían hecho adelantarse se humedeció con calma los labios antes de contestar, sin dejar de sonreír enseñando unos dientes pequeños y demasiado blancos como para ser naturales. —Faile Leva Assar, de Valece. Mi madre es una legada en un asentamiento cercano a Fioar desde hace dos años, así que ya podéis dejar de hacerme limpiar las cuadrigas y divertiros haciendo sufrir a los otros novatos, ¿entendido?

Todos los veteranos estallaron en una carcajada general justo cuando las primeras gotas se posaron en las cabezas de todos, tanto recién llegados, o novicios, como los iniciados vestidos de rojo o azul.

— ¿Así que tu padre es legada del Consejo, verdad?— Faile Leva Assar asintió mientras Urobor se giraba a su grupo.

— ¿Tu padre no era tesorero en Motal? —dijo, dirigiéndose a una chica cercana entre el gentío, ella asintió. — Y tú, Galata —señaló a una chica rubia de poca estatura y cara permanente de sarcasmo.

— Galatea— le corrigió esta.

—Eso, Galatea. ¿Tu padre qué era?

— ¿Y a ti que te importa?

El rubio volvió a girarse a Faile ignorando la insolencia de la chica, acercándose incómodamente al novicio. —Todos tenemos familiares en cargos de la Adminis, ¿verdad, amigos? —Urobor dio teatralmente media vuelta sobre sí mismo, poniéndose de cara a sus seguidores, que asentían

severamente. Acabó de completar una vuelta entera para volver a ponerse frente a Faile.

—Tienes el ego demasiado subido, amigo. Te hace falta una corrección—
Urobor bajó su mirada hasta que divisó un charco cercano formado por las lluvias de esa misma mañana. Acto seguido hundió su calzado de cuero negro en el barro hasta que quedó rebozado en una masa marrón lodosa.

—Límpialos con la boca. Y da gracias que no eres un asqueroso Nou
—Ordenó mirándole a la cara. La cara del pelirrojo cambió completamente mientras su gente volvía a reír divertida.

— ¿Estás loco? ¡No! ¡Por supuesto que no! No voy a hacer eso.

La mano de Urobor rompió el aire para acabar con un sonoro chasquido en la cara de Faile. El chico cayó al suelo del impacto. De inmediato intentó incorporarse, haciendo un amago de levantar sus manos a la altura del pecho y con las palmas hacia afuera, apuntando a su agresor.

— ¡Ni lo intentes, novato! —su tono cambió radicalmente. — ¡Ni pienses en usar nada contra mí o haré tu vida en la Ciudadela de Levant un infierno! ¡Baja las manos ahora mismo, límpiame los zapatos y no abras la boca! ¡Ya!

Braia no podía dejar de pensar horrorizado lo que podían hacerle a él. Solamente quería que todo acabara. Quería visitar los pasillos eternos de la ciudadela que tanto le había hablado su hermana o ver el comedor común, tan grande como toda la casa del viejo Malkat. También los claustros donde maestros les enseñaban a usar el Don, o el teatro, las termas o el circo. No obstante solo había podido ver la mierda de caballo mientras la removía con una pala para amontonarla en tantos sacos que perdió la cuenta. Se giró y miró a la ciudadela. Si corría podría llegar allí en unos minutos y estaría a salvo, pero a su vez Levant le parecía tan distante como la vida de siervo que años atrás abandonó. Además, todo el cuerpo le dolía mucho. Huesos que no sabía que tenía le crujían como si estuvieran rotos y sus pies se habían permitido el lujo de no responderle.

Cerró los ojos e imaginó su casa. No el lugar donde había vivido los últimos años, con el viejo odioso que les crió a desgana por obligación, sino a su verdadera casa, de donde a él y a su hermana les obligaron a irse al descubrir su Don. Sus padres lloraban mientras siguieron a la guarnición que los custodiaba, pero fue inútil. Esos caballos corrían tanto como demonios. Cuando echó la vista atrás pudo ver a su madre llorar. Esa fue la última vez que supo de ellos.

Faile obedeció. Al levantarse todos vieron su capa negra característica de los novatos manchada de barro. Aquel chico había sido de los más precavidos y se la había quitado junto a la carcasa del pectoral para mover la mierda de caballo de las cuadrigas. Ya no le servía de nada. Toda su ropa negra y gris lucía ahora de marrón. Se agachó de nuevo entre lágrimas para limpiar los zapatos de Urobor.

—Mientras el hijo de la legada aprende humildad pasemos al siguiente—. Su mirada iba de un lado a otro entre la escoria de novicios, los capas negras novatos.

—Ese del fondo. Tú, acércate.

Toda la atención se centró en Certus, el chico con el que Braia había mantenido una conversación en la ciudadela, que parecía ignorar conscientemente.

—Te acabo de dar un orden, chico.

—Cometes un error— aunque intentaba parecer sereno, sus gestos revelaban que estaba igual de nervioso que el resto.

—Eso mismo decía Faile. Y aquí lo tienes —señaló a sus zapatos. Certus alzó la mirada como si esperara a alguien, un gesto que Braia notó que no había parado de repetir durante todo el día de novatadas.

—Me llamo Certus Lev...

Pero no pudo acabar la frase. Una figura fue acercándose desde la ciudadela, corriendo con movimientos torpes. Debido a la oscuridad Braia solamente distinguió sus ropas rojas cuando se encontró a pocos metros.

— ¡Por fin te encuentro! —el recién llegado se encorvó para apoyar sus manos en las rodillas y tomar aliento.

Urobor no pareció tomarse bien la interrupción.

— ¿Qué quieres, Pólux? Estamos pasando un buen rato con los novatos, ¿te quieres unir?

—No hoy, Urobor —contestó mientras intentaba volver a respirar con normalidad. —Éste viene conmigo —dijo señalando a Certus. Pólux avanzó hasta el chico, pero Urobor se entrometió.

—El novato no va a ningún lado, estamos divirtiéndonos con él. Estamos

comprobando si es un Nou. ¿Escuchas, Certus?

Pólux rió al escuchar esto para estupefacción del resto de iniciados.

—Sabía que eras idiota, Urobor, pero no imaginaba que tanto. Certus no es ningún hijo de negados. Vengo aquí en nombre de Rego. Certus es su hermano y se viene con mi grupo. Estamos celebrando una pequeña fiesta.

Braia se alarmó. Había escuchado antes el nombre de Rego, pero no sabía dónde.

—Y Rego no viene a por su hermano, sino que manda a uno de sus perros falderos —Urobor buscó la risa de los presentes, a lo que Pólux no se inmutó.

—Rego está disfrutando de un permiso en su casa, no se encuentra en la ciudadela. Vendrá en una semana. Y más te vale que su hermano esté sano y salvo entonces si no quieres que te meta la mano de conjurar por el trasero —replicó Pólux gestualizando en exceso. —Y ahora me llevo a Certus. Si tienes algún problema reclama a los maestros que no te he dejado torturar a uno, quizás tengas suerte y sólo te manden a los calabozos por una semana como castigo.

Certus no esperó la respuesta de Urobor ni de ninguno de sus seguidores, sino que avanzó hacia recién el llegado. Pese a ser mayor que él eran casi de la misma altura.

—Creí que llegarías antes —dijo el chico. No como un reproche, sino como un simple comentario.

—Perdona, pero nos hemos entretenido. Ya sabes, demasiado vino y poco tiempo para beber. ¿Has tenido problemas con Urobor?

Certus no respondió, sino que ambos avanzaron de vuelta a la ciudadela mientras el líder de los veteranos intentaba retomar el control de la situación. Sus seguidores decidieron ignorar lo que acababa de ocurrir. Braia sabía que les habían quitado una presa y necesitaba otra para cubrir el hueco.

Comprendió que era en él aunque no levantó la vista del suelo para comprobarlo. Un silencio tan breve que apenas sucedió fue la confirmación.

Era consiente que miraba su cuerpo, el doble de los demás novatos aunque más asustado que cualquiera de ellos, o su piel aceitunada con el pelo marrón oscuro y los ojos pequeños de iris y pupila negra absoluta. Su hermana le decía que tenía unos ojos con personalidad, pero el viejo

Malkat que eran los más simplones que nunca había visto, y que le pegaban con el resto del cuerpo.

—Gordo, ven —empezó a temblar con los pies clavados al suelo en cuanto Urobor le señaló con el dedo. Su temor se había confirmado. Sintió como los que le rodeaban se apartaban de su lado con movimientos tan disimulados que apenas se podían percibir.

— ¿No me has oído? ¿Acaso estás sordo? Camina, cerdo gigante.

Pero no se movió, solamente temblaba. Incluso escondió la cabeza entre los hombros cuando la noche se rasgó con un nuevo rayo. Era consciente de que proyectaba una imagen patética.

— ¿Tienes miedo? ¿Es eso? ¡Ven aquí de una vez!

Siguió sin dar un paso, simplemente el cuerpo no le respondía. Estaba demasiado ocupado intentando no desvanecerse.

El rubio se giró y dio orden a dos de sus secuaces para que lo pusieran frente a él, ya que Faile le seguía limpiando el calzado y no quería moverse.

Si se hubiera resistido les habría puesto las cosas difíciles, estaba seguro, pero se dejó mover como una masa inerte. Quizá contra dos de ellos a puñetazo limpio podría haber ganado, pero no contra un grupo de tres decenas de iniciados ansiosos de ver humillaciones ajenas. Además, ellos controlaban el Don de Maggeme.

— ¿Cómo te llamas, ballena de piel oscura?— Pero ni siquiera hizo ademán de contestar. Los labios le temblaban tanto o más que el resto del cuerpo. — ¿Acaso no tienes nombre? — con sus dedos le estrujó la mejilla, pensando que quería ignorarlo. A Braia le dolió, pero si contestaba tenía la certeza de que iba a ser peor.

—Habla— le abofeteó de improvisto, pero no contestó.

— Tu nombre— le volvió a pegar, cada vez con voz más ruda. Sentía como las mejillas le escocían.

Después de cuatro tortazos más, cada uno con peor idea que el anterior, abrió los labios a la vez que una lágrima le caía por el rostro.

—Braia. —lloró mientras su brazo secaba los ojos.

— ¿Que más, mole grotesca? Su voz sonó a la vez que una nueva bofetada. Braia sintió el golpe tan profundo que le dolió por dentro. Hizo un esfuerzo para no caerse. Entonces Urobor miró hacia abajo, donde el

otro chico le continuaba limpiando el barro. — Y tú, novato, déjalos relucientes, o te ocuparás de mi cuarto como si fueras de la chusma negra.

—Braia Laksmie. Por favor... déjame ir...— suplicó de tal forma que parecía tener lágrimas en la garganta.

—No tan rápido, novato. Es vuestro primer día en la Ciudadela de Levant y tenéis que aprender cómo son las cosas aquí. —dijo señalando al gran edificio circular de piedra que se alzaba a unos cien metros a su derecha.
—Los veteranos tenemos derecho a esto. Es nuestro premio.

Su hermana Shrista le había mencionado que las cosas eran un poco difíciles para ellos en la ciudadela, pero nunca se había podido imaginar nada así. ¿Habría pasado ella por algo parecido cuando ingresó en la ciudadela? ¿La humillaron de esa forma? La sangre empezó a hervirle por dentro. Su corazón latió más fuerte y sintió la necesidad de apretar los dientes. Pensaba que era un sitio tranquilo por las historias que el anciano Malkat y su hermana le habían ido contando. Se equivocada.

—Por otra parte— prosiguió— Laksmie no es un apellido muy común, y no me has dicho tu clan. Ya sabes cómo es esto. Nombre, clan y apellido, por ese orden. Te falta lo del medio, ¿o acaso tienes tanta grasa en el cuerpo que no tienes espacio para un cerebro?

—Yo...

—Vamos, novato. Dime tu clan y ya está. O de lo contrario tendrás que limpiarme algo y ya no me queda mucha ropa. —se agarró la entrepierna. Mentir no se le pasó por la cabeza, demasiados nervios. Nunca había sido bueno en eso.

El novato cerró los ojos para no ver la reacción de Urobor— Braia Nou Laksmie.

— ¿Nou? ¿Has dicho Nou?— otra bofetada— ¿Eres de la chusma negra? Ni siquiera llevas tatuajes como los demás asquerosos Nou. ¿Quieres pasar desapercibido, verdad?

No contestó, no podía abrir la boca entre bofetada y bofetada. Y no parecía parar.

—Dime, gordo, ¿Te llamas Braia? ¿Eh? ¿Tienes la poca vergüenza de llamarte Braia? No mereces llamarte así. ¡Braia era un héroe, tú eres chusma! Braia venció en mil batallas, tú lloras por unas bofetadas. Tus padres duermen entre estiércol, así que allí te parieron, ¿verdad? Naciste entre mierda, así que eres mierda. —cada vez le pegaba más fuerte. Las risas hacía tiempo que habían parado, aunque todos miraban la escena

mientras la lluvia caía más y más fuerte. Le pareció que Urobor reía.

—Tú no te llamas Braia. Los Nou os cambiáis de nombre cuando os descubre el Don. ¿Cómo te llamas?— su cara estaba tan roja que parecía a punto de manar sangre de sus mejillas. De todas formas, de haber salido, se camuflarían enseguida entre las miles de lágrimas y la lluvia que ya empapaba la ropa roja de Urobor y la negra de Braia.

—Ziro —ese era su nombre de nacimiento. El que le obligaron a dejar atrás junto a sus padres.

— ¿Ziro?— rió —Voy a llamar así a mi eco a partir de ahora. Ziro el Comestiercol. ¡Faile, levanta!— ordenó. El pelirrojo obedeció de inmediato. Parecía un enano pelirrojo bañado en barro entre dos gigantes, uno rojo, atlético y con un porte digno incluso bajo aquella tormenta y otro negro, rechoncho y tembloroso.

—Ziro, atrás. Ahora, Faile, muéstranos qué sabes hacer. ¡Atácale!

Algunos gritos ahogados se escucharon entre el grupo de los novatos y también entre el otro vestido de rojo. Una chica morena y llena de pecas del segundo grupo incluso dio un paso adelante.

—Urobor, no. Ya basta. Es suficiente. —Pero el rubio hizo caso omiso.

—Ataca — repitió al pelirrojo. —Es un Nou, es escoria.

— Pero yo... no quiero.

— ¿Quieres correr el mismo destino que él? Ataca y te dejaremos en paz. Demuestra lo que es capaz de hacer un chico de familia pura, pelirrojo.

Faile pareció recomponerse y levantó sus manos contra Braia de la misma forma en que había amenazado a Urobor minutos atrás. Ya nadie hablaba, sino que todos miraban expectantes. Braia mascaba cada instante, oía las amenazas como si tardara una eternidad en pronunciarlas. Finalmente no pudo más, la situación le superaba.

—No, no...— Braia se puso de rodillas. Quería estar con su hermana, tomando Vino de Ceniza por primera vez y riéndose con nuevos amigos, o con Certus y ese tal Pólux, o el cualquier otro lugar, donde fuera lejos de allí. Pero estaba en el barro, suplicando por su vida por ser un Nou, por ser hijo de Negados.

— ¡Hazlo!— el pelo se le pegaba a la piel, haciendo su aspecto más tétrico. Nunca hubiera podido comprender porque ese cabronazo le

pareció simpático unas horas atrás.

Faile cerró los ojos mientras le apuntaba con las palmas de las manos. Movi6 sus dedos de una forma tan intrincada que únicamente tenía sentido para su lanzador. Una danza acompasada y a la vez ca6tica de los dedos de ambas manos. De ellas nació entonces una masa púrpura y gaseosa que crecía exponencialmente. Estaba casi en éxtasis. El Don de Maggeme, la razón de ser de un privilegiado.

—Sigue novato, ¡así! Enséñale lo que los clanes antiguos sabemos hacer —. Algunos de los que observaban cerraron los ojos. Braia pensó que a él también le convenía hacerlo, pero su cuerpo ya no respondía ni a eso.

—No quiero... Por favor... por favor...— ya no tenía más lágrimas.

— ¡Calla, chusma negra! ¡Vamos Faile, es tan gordo que puedes apuntar sin problemas!

El púrpura se unió en una gran esfera irregular a la altura del pecho de Faile, y acto seguido voló disparado a Braia.

Su cuerpo cayó de bruces al lado derecho, en la posición suplicante en la que estaba. No podía moverse, ni siquiera abrir los ojos que había cerrado un instante antes de que aquella masa de forma indefinida y cambiante impactara contra él. Le dolió como si una montaña lo aplastara. Deseaba que el cráneo le explotara bajo toda esa presión y dejar de sufrir de una vez.

— ¡Ja! ¿Eso qué has lanzado lo ha matado, novato? — escuchó con una nota de terror en la voz.

—No, aunque seguramente quiera estarlo. Ese poder te paraliza durante horas y hace sentir la presión del océano en tu cuerpo, como si estuvieras en lo más profundo.

De repente sintió una patada en su est6mago. No le hizo falta ver para saber quién había sido.

— ¿Me escuchas, chusma de Nou? Seguro que sí. Cuando se te pase no quiero que vuelvas a dormir a la ciudadela. Vas a irte a dormir con la mierda de caballo. Es insultante para los privilegiados que estés bajo nuestro mismo techo. Te estoy haciendo un favor, ya que estarás acostumbrado a ello y no a las camas. Te sentirás como en casa. Para empezar, aquí tienes un pequeño adelanto.

El dolor no le dejaba ni pensar. Quería irse a la casa de Malkat. O mejor, con sus padres, a la cabaña en la aldea, a solo tres días del mar. Quería irse a su vida de Negado, segando el campo y reverenciando el culo de los

que tenían el Don.

Escuchó más gritos ahogados, aunque dejó de percatarse de nada cuando sintió una masa grumosa por todo su cuerpo. Por el olor la reconoció enseguida. Era el estiércol que le habían hecho recoger.

Capítulo 2

II- Ziro el Negado

Braia

El sol se asomó ese día con el capricho de achicharrar a todos los seres del valle, algo impropio en los meses de lluvias. Aquello tuvo especial efecto en los establos, donde el sudor de los caballos se mezcló con el estiércol, el calor y el barro de la noche anterior, provocando un hedor inusual.

—Siempre en los establos, tós los días. ¿Po` qué no m´ hacen limpiá la ciudadela? No, pué el bueno de Menato siempre a limpiá a los caballos. Harto de los privilegiaos, toy ya —se quejó el sirviente mientras amontonaba el heno en una esquina y paraba para limpiarse el sudor de la frente. Su compañero, ya con la barba cana, reía las ocurrencias del joven mientras acicalaba los caballos de la escuela.

—Toa la vida llevo limpiando mierda de caballo y é lo mejó que me podría habé pasao —aseguró.

— ¿Lo mejó? Tú chocheas, viejales. Mírate. Apenas ha salío el sol y ya tás más sucio de lo que cualquiera d´ esos privilegiaos se manchará en un año.

El sirviente tiró el rastrillo al suelo con gesto ofuscado y miró desafiante a su interlocutor, que siguió realizando sus tareas con calma.

—Me juego la oreja izquierda a que naciste aquí. Sirviente de señoritingos eres tú. Como tus viejos— el chico asintió. — Pué yo no. Servía con mi familia a un amo rico. ¡Vaya si rico era! Ya te digo yo, carne tenía siempre pa´ cenar po` las noches y a nosotros nos ponía a faenar tós los días, nevando o achicharrándonos. Tré de mis hermanos la espicharon en invierno, ya te digo yo, dos de pulmonía con una tos mu mala y otro de fiebre eterna.

>>Se ve que cuando yo era mozalvete como tú, aquí en la ciudadela necesitaban currantes. Ya sabes tú, siervos como nosotros pá limpiá la mierda. Mucho personal había huido pá unirse a la Rebelión del Polvo.

>>Pué a mi amo se l´ ocurrió la idea de regalá algunos de sus esclavos a la ciudadela. Yo ni idea tengo de po` qué lo hizo, ya sabes tú q´ a mi esas cosas de politiqueos q´ hacen los que tienen el Don ni me van ni me vienen. El caso es q´ aquí llegué yo sin saber ná de ná de la vida más

q' arar un campo, y resulta que tenía un techo toas las noches y papeo con el que llenarme el buche. No me pegaron si no lo merecía y no trabajé enfermo hasta caerme tieso al suelo. Tampoco volví a arar un campo, ya q' el cereal lo traen a la ciudadela desde las aldeas d' al lao. Y desde 'l primerico día limpié mierda de caballo. ¿Y sabes tú a qué me huele? A vida me huele, ya te digo yo. Mientras respire la mierda de caballo ésta, seguiré vivo. Tú no sabes ná de eso. ¿Qué va' a sabé tú, que barba casi ni tienes? Has nació aquí y ves a los demás trabajá dentro la ciudadela en lo que tú te degradas escuchando al viejales de Torot y sus historietas, ¿verdá que sí?

El chico gruñó y no volvió a abrir la boca. Acabó de amontonar el heno y preguntó a Torot por su siguiente tarea.

—Ayúdame a prepará los caballos. Un grupo va a Camporrojo en un ratejo, eso será que los iniciaos tienen una patrulla de las suyas.

El viejo Torot aún se maravillaba con aquellos caballos. No eran igual que los que utilizaban los Negados en sus campos para tareas rutinarias. Eran mucho más fuertes, altos e imponentes. Sabía que los agraciados con el Don los habían criado con hechizos de toda clase que nunca llegaría a entender, además de muchas generaciones de cría selectiva. Gracias a todo aquello esos caballos especiales que utilizaban los privilegiados, o ecoos, podían ser utilizados para viajar mucho más rápido. A un Negado con un caballo normal llegar a El Arenal le ocuparía varias jornadas, pero para un ecoo apenas suponía unas pocas horas al trote.

Menato abrió una cuadra cercana, pero su capataz le detuvo. — No, esa no. Esos ecoos de Los Mirlos son, no les hagas ná sino no te lo ordenan los privilegiaos.

—É verdá, ya ni m' acordaba —. Antes de acabar la frase, un quejido nació de la cuadra que acababa de abrir. Los dos se sobresaltaron, pero rápidamente Torot ordenó silencio a su aprendiz mientras le indicaba con las manos que estuviera atento. Ambos se acercaron prudentemente a ver que se trataba. Justo al lado del caballo de El Mirlo Blanco, un bulto negro y gris pareció moverse sobre sí mismo. Estaba tremendamente sucio y a su lado el olor del resto de la cuadra parecía exquisito perfume.

— ¡Puag! ¿Pero esto que é? ¡Tira pá atrás!—el joven hizo ademán de acercarse, pero reculó al instante.

— ¿Se mueve? No lo toques. Parece un animal.

—Como uno sí que huele. En los Dientes de Dioses viven jabalises gigantes con los clanes de la montaña, igual é una cría —. El viejo agarró el rastrillo cercano, lo asió por la parte metálica y golpeó con punta de madera al bulto negro y maloliente. Este se quejó con un gruñido

inidentificable.

— ¡Cuidao, se mueve! ¡Dale fuerte ahí! — Torot consiguió la gran hazaña de dar la vuelta a su rastrillo para blandirlo como arma debido a sus manos temblorosas por la edad y los nervios.

La cría de jabalí saltó sobre sí misma y se incorporó. No era un animal. Era un chico gordo de piel aceitunada.

— ¡Un ratero! —amenazó el joven mientras levantaba el puño dispuesto a atacar. — Torot, cáscale en el cuello y desnúcalo, así carne tenemos pá una semana, te lo digo yo.

— ¡No! ¡Yo no! ¡Por favor! — El chico que dormía en la cuadra parecía el más confundido de los tres.

— ¡Cho pa´ trás! ¡Vamo a darle un escarmiento pa´ que no sepa ni por donde l´ha venío! —se reafirmó el cuatrero.

— ¡Quieto parao, guacho! Cóscate de sus ropas —observó el viejo.

Era cierto. Debajo de la capa de barro, estiércol y demás roña inidentificable se escondía el ropaje de un novato de la ciudadela. Era una coraza de cuero gris bajo una chaqueta abierta en negro que se cortaba poco más abajo de la cintura.

En cuanto lo advirtió, Menato se arrodilló a mala gana.

—Ahí nos perdone usted, señor, que bondadoso tié pinta de sé. Sólo queríamos protegé la ciudadela.

Torot directamente le agarró de la mano, y bajando la cabeza.

—No estamos tan iluminaos como pa´ saber de qué un inicioo taba sobando en las cuadras. Por favó se lo pido, tenga piedad de este viejo cascao ya por la edad y su peón, que no somos más que simples negaos que no saben ná de ná —el anciano parecía a punto de romper a llorar.

Braia apenas pudo balbucear mientras aquellos dos suplicaban como niños. El más viejo incluso le agarró la mano con la suya propia, llena de callos y arrugas, pero con unas venas muy marcadas bajo la piel.

—Yo... — no supo qué decir.

—Le limpiaremos la ropa, señó. Ya le digo yo que sí. Reluciente le va a quedar, como los chorros del oro. Y le ayudaremos a tener una planta pá llevarse a toas las guachas de calle —parloteó el más joven con un tono

amargo antes de que él pudiera replicar.

Braia se miró a sí mismo. Una película de suciedad reseca se había pegado a su ropa, formando una gran costra maloliente por todo su cuerpo.

—Os lo agradecería. —es lo que pudo decir. ¿Qué más podía hacer? —Pero no m´amenacéis con un rastrillo, por favor—. Fue una súplica, pero se lo tomaron como una orden. Algo en su manera de hablar le conmovió. Le recordaba a su infancia. Él hablaba igual y que no fue sino a base de castigos y reprimendas que había tenido que cambiar a una más culta.

—No, señó. Pué claro que no. Los siervos tamos pa´ recibir sus órdenes —. El viejo le besó la mano, pero él la quitó de inmediato, sorprendido.

Los dos siervos se lo llevaron a la ciudadela mientras el anciano le regaba su oído con halagos. Se sintió tan turbado que apenas pudo replicar. Percibió los terrenos de forma diferente al día anterior. No tener varias decenas de veteranos torturándole le hizo darse cuenta del cuidado jardín a la vera de la ciudadela, con flores de multitud de formas y tamaños; limoneros, naranjos, higueras y diversos árboles frutales que crecían pegados al muro de Levant, y fuera del cuidado jardín y recorriendo todos los terrenos matas de moras y arbustos de muchas clases, la mayoría aromáticas como el romero, tomillo o jara blanca. No crecían demasiados árboles, únicamente unos pocos albarrobos, encinas y pinos.

Un poco alejado del edificio principal pudo ver el teatro y el circo dedicado a espectáculos hípicas. Nunca había entrado en ninguno cuando vivió con Malkat.

— ¿Se encuentra bien, mi señó? —El viejo le dio un codazo al mozo joven por atreverse a preguntar, pero aun así Braia respondió moviendo la cabeza afirmativamente.

—Ayer fue mi primer día. A algunos iniciados les pareció gracioso todo esto —añadió con voz temblorosa mientras señalaba su aspecto.

— ¿Ere... é usted un Nou? Ellos son los que sufren las bromas esas —en la voz del siervo se notó un deje de esperanza.

Torot susurró al oído a su compañero, pero Braia pudo oírlo perfectamente.

— ¿Qué más te da a ti que lo sea? Además, tatuajes ni uno lleva.

—Sí, lo soy —. Braia restregó su manga por la cara para limpiarse las lágrimas, pero solo consiguió llenársela de mierda. Cuando se dio cuenta

arrugó la nariz al notar aquello en su rostro.

El viejo Torot volvió a acercarse a él, intentando hacerse notar como un ser amable. Braia se lo agradeció, pero supo que era por miedo a una posible reprimenda y no por una preocupación real por su estado.

—No se preocupe, Lesbet lo limpiará toito. Le daremos mudas nuevecicas y podrá ir a su rutina diaria. Pero señó, se lo ruego, apiádese de nosotros. No diga ná a los maestros o a Enebo, por favó. Que sepa usted que no sabíamos quién era y a buena fe íbamos. Si se enteraran del trato que le dimos al encontrarle...—hizo una pausa en la que notó como el hombre intentaba tragar saliva en vano. —Si se enteraran tendríamos una liada encima bien gorda. El viejo Torot acepta las azotainas si merecidas las tiene, pero esta vez é un malentendío, ¿lo comprende, verdá que sí? El señó é bueno con nosotros.

Braia sintió mucha lástima por los dos. Recordaba los días en el campo con sus padres, antes de que a su hermana y a él les detectaran el Don. Era un niño que apenas levantaba un palmo del suelo, pero notaba como todo el mundo temía a los privilegiados. Decían que podían descuartizarte solamente con la mirada si lo deseaban. Ahora él era un privilegiado y no se sentía más poderoso que entonces, pero un anciano le suplicaba por su vida mientras un chico un poco mayor que él mismo intentaba mantener su dignidad. No podía matar a nadie con la mirada, pero podía salvar dos vidas si mantenía ese malentendido en secreto. Quizás ese fuera su poder.

—No os preocupéis, no diré ná —. Torot exclamó de alegría y Menato respiró aliviado. El viejo volvió a besarle la mano.

—Gracias, señó, muchas gracias. Le ayudaremos en lo que sea, se lo juro por mi vida.

—Para, por favor —. No quería quitar la mano para no parecer rudo, pero le estaba dando mucha grima.

Por su parte, Menato seguía nervioso y se limitó a mirarle a los ojos y formular un simple "Gracias". Braia se quedó parado un segundo, pero finalmente le dijo que no había por qué darlas.

Cuando llegaron a la ciudadela no entraron por el gran portón de madera negra que él mismo usó el día anterior por primera vez, una monumental entrada con escalinata entre dos bastas columnatas de fuste liso y coronada por un friso reluciente en blanco, dorado y azul con las figuras de los nueve antiguos reyes, Maggeme y ciertas figuras de relevancia dando la bienvenida a los recién llegados. En su lugar lo hicieron por una

entrada auxiliar a unos cincuenta metros de la principal. Estaba enfocada entre un encino y unos altos arbustos. Era de madera vieja y astillada, con grietas entre los tablones. Un camino surgía de la misma a base del uso que le daban los sirvientes al pasar y aplanar la tierra, pero sin material que lo sustentara.

—Por aquí é, señó —dijo Torot abriendo la chirriante entrada. El camino seguía con unas escaleras descendentes. Nada más bajar se dio cuenta que estaban por debajo del gran pasillo que rodeaba la primera planta de la ciudadela. Era lo suficientemente ancho como para que cuatro hombres pasaran a la vez, pero también húmedo, mohoso y estaba peor iluminado que la casa del huraño de Malkat. Además, la suciedad parecía atraer pequeños ratones que entraban y salían por las grietas de la construcción.

A mitad del pasillo se cruzaron con una criada de unos cuarenta años. Braia se fijó en que la mujer hizo ademán de saludar a sus dos acompañantes, pero bajó la cabeza cuando le vio a él. Finalmente se sumergió en la oscuridad que ellos dejaban atrás.

—Perdónela, señó. Tié que comprender que la presencia d´un inicio aquí é bastante rara, vaya que sí.

—No pasa ná —. Cuando vivía en la aldea con sus padres, ver a un privilegiado le habría hecho aterrorizarse. Y ese sentimiento todavía perduraba en una parte de él.

Al final del pasillo el chico obeso y los dos sirvientes se encontraron una escalera que parecía devolverles al nivel del que el anterior descenso los había sacado. —Por aquí vamos directicos al centro de la primera planta. La zona en la que tán las cocinas de Levant, nuestros catres... el Tronco lo llamamos. Ocupa el centro mismo de la primera y la segunda planta. Los privilegiaos utilizáis la zona que la rodea toa en las dos plantas, toas las plantas d´arriba y la zona subterránea— añadió Menato a las palabras de su capataz. Al ver su sonrisa salvaje Braia adivinó que no lo dijo para ayudarlo, sino por aprovechar la oportunidad de sentirse superior a un iniciado.

Finalmente subieron las escaleras. No eran demasiado largas o empinadas, pero se sentía excesivamente débil como para subirla sin esfuerzo. No había pasado una peor noche en su vida, ya que estuvo a duermevela por temor a que volvieran Urobor y los suyos. Ni un solo momento se olvidó de la cara narizuda. La expresión del chico ya la había visto antes, cuando era un negado, un chusma negra. Era la misma cara que ponían algunos privilegiados las raras veces que pasaban por su aldea. Los más benevolentes los ignoraban, pero otros los trataban peor

que a los animales.

<< Que un Negado pueda ser como ellos es lo que los enfurece para aplastarnos, que sea inferior es lo que les da razón para hacerlo. >>

Aun recordaba cuando él tenía cinco años. Un pequeño grupo de privilegiados pasó por su aldea. La población en la que se crió estaba al lado del sendero entre dos ciudades ocupadas por ellos, los llamados asentamientos. Cuando llegaron lo hicieron voceando por todo el pueblo y arrastrando un perro muerto. Todos en la aldea supieron que se avecinaban problemas.

Era un pueblo sin nombre, pues solamente los privilegiados ponían nombre a las aldeas para diferenciarlas. Para ellos, los siervos, la distinción venía por algún elemento característico del pueblo. La suya era la aldea de la higuera debido a que en la plaza principal se encontraba una.

Antes de que los privilegiados llegaran y fundaran Astan, muchos años atrás, la gente común tenía ciudades con nombre y vida propia, con murallas fuertes y reyes que les gobernaban justamente, pero ahora esas ciudades eran ruinas y su recuerdo un sueño lejano.

—En medio del camino reservado para ecoos hemos encontrado un perro muerto. Nuestro caballo ha tenido que esquivarlo y casi se cae uno de nosotros, lo que podría haber provocado su muerte. Debido a las leyes del Reino de Astan se busca al culpable. Nosotros lo acusamos de rebelión, entrar en espacios prohibidos para la chusma negra e intento de asesinato.

<<Solo era un perro muerto. Un maldito perro. >> Recordó mientras seguía subiendo la escalinata.

Nadie habló, pero su madre le agarró a él y a su hermana y los jaló para la casa más cercana, hecha de paja, madera y barro que pertenecía a una conocida. Enseguida entendió por qué lo hizo.

— ¿Quién ha sido? — insistió uno de ellos. Llevaba una toga elegante de tejidos que nunca había visto, con un hombro al descubierto e intrincados pliegues que parecían producto de la moda y de una cuidadosa atención a los detalles.

— ¿Nadie? Muy bien —. El hombre, de barba finada y cara alargada bajó del caballo y se acercó al panadero, un hombre de panza flácida que era amigo de su padre. Susurró unas palabras para sí y realizó pequeños aspavientos con las manos. De repente un pequeño hilo, casi invisible, surgió de la mano del privilegiado que movido a voluntad por aquel privilegiado se deslizó como una serpiente por el aire, atravesando el

cuello del panadero con un corte limpio. Todos empezaron a chillar, pero se callaron cuando los privilegiados lo ordenaron.

—Éste es tan culpable como cualquier otro. Y si no os calláis, chusma, seguiré buscando al dueño.

En los años que vivió en la aldea nunca había experimentado un día como aquel. Los privilegiados pensaron que era buena idea que les brindaran un banquete en su honor en la plaza principal. Incluso uno de ellos tuvo la desfachatez de aprovecharse de una chica no mucho mayor que su hermana por aquel entonces, utilizando la casa de los padres de la muchacha.

Al día siguiente, cuando aquellos hombres continuaron su camino, un grupo de casi una decena de jóvenes se despidió de la aldea para unirse a los piratas, marchándose a la costa. Entonces miró a su padre y entendió que él también quería irse, devolviéndole la mirada con sus ojos endurecidos por la vida entera de trabajo.

Hacía años que no lo veía, tampoco a su madre. Desde que los separaron a su hermana y a él y los arrancaron de la aldea, pero se juró a sí mismo que volvería a por ellos cuando pudiera, cuando fuera poderoso. Entonces los protegería.

La luz al final de la escalera le cegó unos instantes, y no fue hasta que se acostumbró a las antorchas que pudo ver donde se encontraba. La escalera daba a una sala de mediano tamaño, llena de útiles como troncos de madera, sacos de harina o escobas. Braia se percató enseguida que era un pequeño almacén que hacía las veces de sala de paso, por todas las puertas que nacían de sus paredes de tosca piedra.

—Yo iré a por mudas nuevicas y lustrosas pál señó, de color negro de novicio. Supongo que tendremos q' ensancharle la chaqueta. Y a vé si m' encuentro una coraza de su talla. Además d' unos pantalones lo suficientemente ancho. —. Anunció el viejo Torot. —Menato, haz el favó de llevarlo con Lesbet, ella le pué dar su rutina.

— ¿Rutinas? — preguntó sorprendido.

— Tós los iniciaos tienen una rutina que seguir. Vigilá las murallas, patrullá las aldeas d' al lao, practicá a caballo, estudiá la historia del Reino de Astan, música, matemáticas... Seguro que te dejaron la rutina encima del catre anoche mismito, pero no contaron con que dormirías arrejuntao a los ecoos, señó.

— ¡Menato! Por favó, señó. Perdónele... —el viejo volvió a besarle la mano.

—No pasa ná, no pasa ná —ahora sí, retiró la mano rápido, pero como su ropa estaba llena de barro y mierda no pudo quitarse la baba. Finalmente Torot se fue por una de las puertas laterales y dejó solo a Braia con Menato.

—Por aquí, mi señó —. El rubio hizo una reverencia patética y teatral, casi tocando sus rodillas con la cara. Se incorporó y abrió una de las puertas.

—No hace falta que me llames así, siempre he sido... ya sabes, uno de los tuyos. —se trabó varias veces. Hablar con desconocidos no se le daba bien.

Menato empezó a andar.

— Se te nota un poquico. Aunque no tós son como tú —. Su cara de incredulidad hizo dar una explicación mayor al siervo.

—Quiero decir que los Nou que vienen no hacen lo que tú. Casi tós ellos nos trata peor que el resto de privilegiaos, como si así sus peos no olieran una pizquica y así se quieren olvidá de lo que fueron una vez, o ya é que ni s´acuerdan, pué los secuestran cuando son niños de teta. Por eso el viejo Torot t´ha tratao así. Cada vez m´he dao cuenta que vienen más Nou, parece que nacen más hijos de negaos que consiguen el Don.

—Tú no parecías asustao —dijo mientras giraba detrás del siervo por una puerta a la derecha.

— No lo´staba. Si por mí fuera, las Tré Diosas os hubieran matao hace mucho a tós.

Braia no se lo tomó a lo personal. A decir verdad, a excepción de su hermana y él mismo, todos los privilegiados le daban miedo.

— ¿Cuánto hace ya que te descubrieron el Don? —le preguntó.

— Unos siete años—ese es el tiempo que hace que no veía a sus padres. A la mayoría de los Nou se los llevaban a casas de privilegiados para que los adoptaran cuando apenas eran unos bebés, pero en él y su hermana lo detectaron más tarde. Por eso mismo vivieron tanto tiempo entre Negados, no como los otros Nou que apenas conocían a sus familias reales y habían vivido siempre entre privilegiados. También les daban un apellido, Laksmie en su caso gracias al viejo Malkat, pero el clan pasaba a ser Nou, para indicar que pese a todo no eran privilegiados completos. Nou, el clan de los hijos de la chusma negra. De repente recordó que aún no se había presentado. Por eso los Nou solían ser tan desconsiderados

con los negados. Habían nacido como ellos, pero nunca habían vivido en las condiciones de uno, sino educado por privilegiados desde el nacimiento.

—Me llamo Braia —le dijo a la nuca de su interlocutor.

—Menato me llaman a mí, pero no te preocupes d´aprenderte como me llamo, que los iniciaos no tenéis q´hablarnos a nosotros nunca. É más, creo q´eres el único q´ha entrao aquí en mucho tiempo sin contar a Enebo Leva Stix, que´s el responsable de nosotros.

— ¿Enebo es vuestro jefe?

—De la ciudadela somos, pero Enebo Stix é el encargao de que hagamos el trabajo. Así que´n la práctica se comporta como nuestro amo.

—Yo si me puedo acordar de tu nombre. No soy como el resto, ¿recuerdas?

— ¿Qué parloetas tú? — se sorprendió el siervo.

— Has dicho que no tengo porque acordarme de tu nombre. Lo haré. No soy como ellos.

—Claro —dijo sarcásticamente. —Por eso m´ has dicho que te llamas Braia, como el héroe más famoso de los privilegiaos. Ese no é un nombre de negao. Seguramente ya ni t´ acuerdes de tu nombre de verdá. Y también como ellos hablas, no te creas que no m´he coscao.

Titubeó un poco antes de contestar. —Me llamo Ziro. Ese é mi nombre. —dijo al fin. Hacía mucho que no lo utilizaba, como si Ziro fuera otra persona, un niño que murió cuando lo separaron de las faldas de su madre.

—Encantao, Ziro —. Aunque no le vio la cara, pudo adivinar que había sonreído.

Su acompañante abrió una última puerta e indicó a Braia que pasara. Era una estancia razonablemente grande que parecía teñida de un tono grisáceo, con una mesa larga sucia, bastante desgastada y dos largos bancos en sus costados. A juzgar por la decoración estaba seguro que era un pequeño comedor de los sirvientes. En un lado de la sala, de pie, un

grupo se arremolinaba en un círculo con una mujer en el centro.

—Vosotros dó id a ordená los cuartos del uno al veinte de los guachos, vosotros tré del veinte al final. Cuando acabéis la faena aquí os necesito enseguida pá organizá las patrullas de noche. Vosotras cinco— ordenó la mujer a unas niñas que no pasarían de los doce años— ocuparsen de los cuartos de las iniciadas guachas. Os quiero aquí mismito pá la hora de comer, ¿estamos? El resto ocuparsen de la limpieza de las plantas dó, tré y cuatro. Las quiero tan limpiacas que pueda comer en el suelo. Menos tú, Sasam, a la cocina derechica que vas, andan muy justos hoy.

Cuando el grupo se diseminó siguiendo las instrucciones de la mujer, Menato y Braia se acercaron. De cerca pudo evaluar mejor a la sirvienta. Tendría unos cuarenta años y poca estatura, aunque con curvas que mostraban su feminidad y unos pechos grandes, aunque caídos. Era morena y con pecas en la cara, Braia pensó que más joven habría tenido a todos los hombres detrás de ella.

En cuanto los vio, Lesbet se sorprendió.

— ¿Q´ haces aquí, mozo? Deberías estar con el viajales de Torot en las caballerizas. ¿Ya t´has escapao otra vez pá ir tras las mozas? Con la escoba te voy a arrear ¡Deja d´holgazanear!

Menato le explicó todo a la mujer. Cuando llegó a la parte en que lo amenazaron en las cuadras los ojos de ella se abrieron como platos, pero contuvo su furia esperando a que acabara de hablar. No obstante se acabó de relajar cuando le habló de que era un Nou en su segundo día y que había sido comprensivo con ellos.

—Perdónelos, señó —dijo, como asegurándose de que no tomaría represalias. —Con gusto le daré su rutina ya mismico. Enebo guarda una copia en su despacho del Tronco. —Se giró y a una adolescente que aún no había salido de la sala le gritó por su nombre— ¡Sasam! Vete a la sala d´Enebo, q´él no debe estar ahorica, asín que no te preocupes. Tráete las rutinas de los nuevos iniciaos, é una orden —. La muchacha parecía temer a Enebo, pero más aún a Lesbet, así que no dudó en hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

En cuanto se quedaron los tres solos, Lesbet pareció cambiar de actitud.

— ¿Asín q´ éste es su segundo día, señó? — pese a las palabras de respeto, el tono de la voz era una mezcla entre inquisitivo y afectuoso, como una madre cariñosa que estaba a punto de regañarte. Braia asintió.

— Cada vez vienen más de los Nou, pero pocos son como tú. Tan... — Lesbet pareció buscar sus ojos, como si en ellos estuviera la respuesta a la palabra que necesitaba, o como si esperara sacar una opinión clara

sobre él antes de pronunciar un adjetivo en voz alta. — Tan como nosotros. Eso é, tan pareció a un negao. Los Nou que vienen intentan pasá desapercibíos entre los que tienen el Don, pero a ti se te nota a la legua. Incluso en el color de la piel esa bronceada que tienes.

— ¿El color de la piel? — preguntó Menato. Aunque Braia sabía a lo que se refería. Había heredado el tono tostado de su padre. Su hermana, en cambio, tenía una coloración más suave.

— No me seas pisamostos, niño. ¿Acaso no sabes por qué nos llaman Chusma Negra? —no esperó la respuesta. —La mayoría de los Negaos faenan en el campo, pá las cosechas del Reino de Astan, solo unos poquicos lo hacemos en asentamientos o ciudadelas. Al estar tó 'l santo día al sol, su piel se vuelve oscura. La Chusma Negra. Y digo yo que si os comparo a vosotros dó y tuviera que decidí, creería que é Menato el privilegiao ¡Y tanto que sí! — Braia supo enseguida lo que quería decir, Malkat también se lo repitió muchas veces.

<<Podrás caminar entre nosotros, Ziro, pero nunca lo serás. Naciste negado y morirás negado, por más que Maggeme haya decidido darte el Don. >> Esas palabras resonaban en su cabeza cada cierto tiempo, aunque el viejo las hubiera dicho hace mucho.

— ¡Ni se t´ocorra compararme con ellos!

—Cuidao con lo que dices, chico —la mujer le tiró de las orejas. — Cosas así puen llevarte a una muerte temprana y dolorosa.

— Gorlok debió haber ganao — bufó.

— ¿Qué? — preguntó él. Aunque de pronto se acordó. Gorlok, el líder de la Rebelión del Polvo. Un levantamiento de siervos hace varias décadas. Gorlok reunió un ejército enorme para luchar contra el Reino de Astan. Siervos de todo el reino se reunieron con él, dejando los campos y los asentamientos, cambiando las hoces por lanzas. Superaban en número a los del Don y se dirigieron a la capital del Reino.

—Prefiero morí por rebelión antes que viví cien años en esclavitú.

Reconocía la frase, era de Gorlok, pero el chico la pronunció tan solemnemente que parecía inventada por él.

— ¿Sabes lo que le pasó a Gorlok? Que la espichó —sentenció Lesbet.

Al acabar la frase, la puerta se abrió detrás de ellos de nuevo, era Sasam con un pergamino largo que pasó a la mujer.

—Veamos. Los nuevos iniciaos tenéis q´ está ahora mismo en las clases prácticas pá montar a ecoo. Pero é imposible q´ acudas ya. Luego tiés descanso, que deberías aprovechá pá darte un agua y comer algo, si permites que te diga. Después de eso sale tu primera patrulla en Camporrojo. A última hora te vas tó tieso con la maestra Neodits. T´ explicarán cómo van las cosas de la ciudadela ésta, aunque creo que ya te vas enterando, ¿no? Por suerte aún tenemos tiempo, siempre que Torot llegue rápido con tu ropa.

II- Ziro el Negado

Braia

El sol se asomó ese día con el capricho de achicharrar a todos los seres del valle, algo impropio en los meses de lluvias. Aquello tuvo especial efecto en los establos, donde el sudor de los caballos se mezcló con el estiércol, el calor y el barro de la noche anterior, provocando un hedor inusual.

—Siempre en los establos, tós los días. ¿Po` qué no m´ hacen limpiá la ciudadela? No, pué el bueno de Menato siempre a limpiá a los caballos. Harto de los privilegiaos, toy ya —se quejó el sirviente mientras amontonaba el heno en una esquina y paraba para limpiarse el sudor de la frente. Su compañero, ya con la barba cana, reía las ocurrencias del joven mientras acicalaba los caballos de la escuela.

—Toa la vida llevo limpiando mierda de caballo y é lo mejó que me podría habé pasao —aseguró.

— ¿Lo mejó? Tú chocheas, viejales. Mírate. Apenas ha salío el sol y ya tás más sucio de lo que cualquiera d´ esos privilegiaos se manchará en un año.

El sirviente tiró el rastrillo al suelo con gesto ofuscado y miró desafiante a su interlocutor, que siguió realizando sus tareas con calma.

—Me juego la oreja izquierda a que naciste aquí. Sirviente de señoritingos eres tú. Como tus viejos— el chico asintió. — Pué yo no. Servía con mi familia a un amo rico. ¡Vaya si rico era! Ya te digo yo, carne tenía siempre pa´ cenar po` las noches y a nosotros nos ponía a faenar tós los días, nevando o achicharrándonos. Tré de mis hermanos la espicharon en invierno, ya te digo yo, dos de pulmonía con una tos mu mala y otro de

fiebre eterna.

>>Se ve que cuando yo era mozalvete como tú, aquí en la ciudadela necesitaban currantes. Ya sabes tú, siervos como nosotros pá limpiá la mierda. Mucho personal había huido pá unirse a la Rebelión del Polvo.

>>Pué a mi amo se l´ocurió la idea de regalá algunos de sus esclavos a la ciudadela. Yo ni idea tengo de po` qué lo hizo, ya sabes tú q´a mi esas cosas de politiqueos q´hacen los que tienen el Don ni me van ni me vienen. El caso es q´aquí llegué yo sin saber ná de ná de la vida más q´arar un campo, y resulta que tenía un techo toas las noches y papeo con el que llenarme el buche. No me pegaron si no lo merecía y no trabajé enfermo hasta caerme tieso al suelo. Tampoco volví a arar un campo, ya q´el cereal lo traen a la ciudadela desde las aldeas d´al lao. Y desde´l primerico día limpié mierda de caballo. ¿Y sabes tú a qué me huele? A vida me huele, ya te digo yo. Mientras respire la mierda de caballo ésta, seguiré vivo. Tú no sabes ná de eso. ¿Qué va´ a sabé tú, que barba casi ni tienes? Has nació aquí y ves a los demá trabajá dentro la ciudadela en lo que tú te degradas escuchando al viejales de Torot y sus historietas, ¿verdá que sí?

El chico gruñó y no volvió a abrir la boca. Acabó de amontonar el heno y preguntó a Torot por su siguiente tarea.

—Ayúdame a prepará los caballos. Un grupo va a Camporrojo en un ratejo, eso será que los iniciaos tienen una patrulla de las suyas.

El viejo Torot aún se maravillaba con aquellos caballos. No eran igual que los que utilizaban los Negados en sus campos para tareas rutinarias. Eran mucho más fuertes, altos e imponentes. Sabía que los agraciados con el Don los habían criado con hechizos de toda clase que nunca llegaría a entender, además de muchas generaciones de cría selectiva. Gracias a todo aquello esos caballos especiales que utilizaban los privilegiados, o ecoos, podían ser utilizados para viajar mucho más rápido. A un Negado con un caballo normal llegar a El Arenal le ocuparía varias jornadas, pero para un ecoo apenas suponía unas pocas horas al trote.

Menato abrió una cuadra cercana, pero su capataz le detuvo. — No, esa no. Esos ecoos de Los Mirlos son, no les hagas ná sino no te lo ordenan los privilegiaos.

—É verdá, ya ni m´acordaba —. Antes de acabar la frase, un quejido nació de la cuadra que acababa de abrir. Los dos se sobresaltaron, pero rápidamente Torot ordenó silencio a su aprendiz mientras le indicaba con las manos que estuviera atento. Ambos se acercaron prudentemente a ver que se trataba. Justo al lado del caballo de El Mirlo Blanco, un bulto negro y gris pareció moverse sobre sí mismo. Estaba tremendamente sucio y a

su lado el olor del resto de la cuadra parecía exquisito perfume.

— ¡Puag! ¿Pero esto que é? ¡Tira pá atrás!—el joven hizo ademán de acercarse, pero reculó al instante.

— ¿Se mueve? No lo toques. Parece un animal.

—Como uno sí que huele. En los Dientes de Dioses viven jabalises gigantes con los clanes de la montaña, igual é una cría —. El viejo agarró el rastrillo cercano, lo asió por la parte metálica y golpeó con punta de madera al bulto negro y maloliente. Este se quejó con un gruñido inidentificable.

— ¡Cuidao, se mueve! ¡Dale fuerte ahí! — Torot consiguió la gran hazaña de dar la vuelta a su rastrillo para blandirlo como arma debido a sus manos temblorosas por la edad y los nervios.

La cría de jabalí saltó sobre sí misma y se incorporó. No era un animal. Era un chico gordo de piel aceitunada.

— ¡Un ratero! —amenazó el joven mientras levantaba el puño dispuesto a atacar. — Torot, cáscale en el cuello y desnúcalo, así carne tenemos pá una semana, te lo digo yo.

— ¡No! ¡Yo no! ¡Por favor! — El chico que dormía en la cuadra parecía el más confundido de los tres.

— ¡Cho pa´ trás! ¡Vamo a darle un escarmiento pa´ que no sepa ni por donde l´ha venío! —se reafirmó el cuatrero.

— ¡Quieto parao, guacho! Cóscate de sus ropas —observó el viejo.

Era cierto. Debajo de la capa de barro, estiércol y demás roña inidentificable se escondía el ropaje de un novato de la ciudadela. Era una coraza de cuero gris bajo una chaqueta abierta en negro que se cortaba poco más abajo de la cintura.

En cuanto lo advirtió, Menato se arrodilló a mala gana.

—Ahí nos perdone usted, señor, que bondadoso tié pinta de sé. Sólo queríamos protegé la ciudadela.

Torot directamente le agarró de la mano, y bajando la cabeza.

—No estamos tan iluminaos como pa´ saber de qué un inicioo taba sobando en las cuadras. Por favó se lo pido, tenga piedad de este viejo cascao ya por la edad y su peón, que no somos más que simples negaos

que no saben ná de ná —el anciano parecía a punto de romper a llorar.

Braia apenas pudo balbucear mientras aquellos dos suplicaban como niños. El más viejo incluso le agarró la mano con la suya propia, llena de callos y arrugas, pero con unas venas muy marcadas bajo la piel.

—Yo... — no supo qué decir.

—Le limpiaremos la ropa, señó. Ya le digo yo que sí. Reluciente le va a quedar, como los chorros del oro. Y le ayudaremos a tener una planta pá llevarse a toas las guachas de calle —parloteó el más joven con un tono amargo antes de que él pudiera replicar.

Braia se miró a sí mismo. Una película de suciedad reseca se había pegado a su ropa, formando una gran costra maloliente por todo su cuerpo.

—Os lo agradecería. —es lo que pudo decir. ¿Qué más podía hacer? —Pero no m´amenacéis con un rastrillo, por favor—. Fue una súplica, pero se lo tomaron como una orden. Algo en su manera de hablar le conmovió. Le recordaba a su infancia. Él hablaba igual y que no fue sino a base de castigos y reprimendas que había tenido que cambiar a una más culta.

—No, señó. Pué claro que no. Los siervos tamos pa´ recibir sus órdenes —. El viejo le besó la mano, pero él la quitó de inmediato, sorprendido.

Los dos siervos se lo llevaron a la ciudadela mientras el anciano le regaba su oído con halagos. Se sintió tan turbado que apenas pudo replicar. Percibió los terrenos de forma diferente al día anterior. No tener varias decenas de veteranos torturándole le hizo darse cuenta del cuidado jardín a la vera de la ciudadela, con flores de multitud de formas y tamaños; limoneros, naranjos, higueras y diversos árboles frutales que crecían pegados al muro de Levant, y fuera del cuidado jardín y recorriendo todos los terrenos matas de moras y arbustos de muchas clases, la mayoría aromáticas como el romero, tomillo o jara blanca. No crecían demasiados árboles, únicamente unos pocos albarrobos, encinas y pinos.

Un poco alejado del edificio principal pudo ver el teatro y el circo dedicado a espectáculos hípicas. Nunca había entrado en ninguno cuando vivió con Malkat.

— ¿Se encuentra bien, mi señó? —El viejo le dio un codazo al mozo joven por atreverse a preguntar, pero aun así Braia respondió moviendo la cabeza afirmativamente.

—Ayer fue mi primer día. A algunos iniciados les pareció gracioso todo

esto —añadió con voz temblorosa mientras señalaba su aspecto.

— ¿Ere... é usted un Nou? Ellos son los que sufren las bromas esas —en la voz del siervo se notó un deje de esperanza.

Torot susurró al oído a su compañero, pero Braia pudo oírlo perfectamente.

— ¿Qué más te da a ti que lo sea? Además, tatuajes ni uno lleva.

—Sí, lo soy —. Braia restregó su manga por la cara para limpiarse las lágrimas, pero solo consiguió llenársela de mierda. Cuando se dio cuenta arrugó la nariz al notar aquello en su rostro.

El viejo Torot volvió a acercarse a él, intentando hacerse notar como un ser amable. Braia se lo agradeció, pero supo que era por miedo a una posible reprimenda y no por una preocupación real por su estado.

—No se preocupe, Lesbet lo limpiará toito. Le daremos mudas nuevecicas y podrá ir a su rutina diaria. Pero señó, se lo ruego, apiádese de nosotros. No diga ná a los maestros o a Enebo, por favó. Que sepa usted que no sabíamos quién era y a buena fe íbamos. Si se enteraran del trato que le dimos al encontrarle...—hizo una pausa en la que notó como el hombre intentaba tragar saliva en vano. —Si se enteraran tendríamos una liada encima bien gorda. El viejo Torot acepta las azotainas si merecidas las tiene, pero esta vez é un malentendío, ¿lo comprende, verdá que sí? El señó é bueno con nosotros.

Braia sintió mucha lástima por los dos. Recordaba los días en el campo con sus padres, antes de que a su hermana y a él les detectaran el Don. Era un niño que apenas levantaba un palmo del suelo, pero notaba como todo el mundo temía a los privilegiados. Decían que podían descuartizarte solamente con la mirada si lo deseaban. Ahora él era un privilegiado y no se sentía más poderoso que entonces, pero un anciano le suplicaba por su vida mientras un chico un poco mayor que él mismo intentaba mantener su dignidad. No podía matar a nadie con la mirada, pero podía salvar dos vidas si mantenía ese malentendido en secreto. Quizás ese fuera su poder.

—No os preocupéis, no diré ná —. Torot exclamó de alegría y Menato respiró aliviado. El viejo volvió a besarle la mano.

—Gracias, señó, muchas gracias. Le ayudaremos en lo que sea, se lo juro por mi vida.

—Para, por favor —. No quería quitar la mano para no parecer rudo, pero

le estaba dando mucha grima.

Por su parte, Menato seguía nervioso y se limitó a mirarle a los ojos y formular un simple "Gracias". Braia se quedó parado un segundo, pero finalmente le dijo que no había por qué darlas.

Cuando llegaron a la ciudadela no entraron por el gran portón de madera negra que él mismo usó el día anterior por primera vez, una monumental entrada con escalinata entre dos bastas columnatas de fuste liso y coronada por un friso reluciente en blanco, dorado y azul con las figuras de los nueve antiguos reyes, Maggeme y ciertas figuras de relevancia dando la bienvenida a los recién llegados. En su lugar lo hicieron por una entrada auxiliar a unos cincuenta metros de la principal. Estaba enfocada entre un encino y unos altos arbustos. Era de madera vieja y astillada, con grietas entre los tablones. Un camino surgía de la misma a base del uso que le daban los sirvientes al pasar y aplanar la tierra, pero sin material que lo sustentara.

—Por aquí é, señó —dijo Torot abriendo la chirriante entrada. El camino seguía con unas escaleras descendentes. Nada más bajar se dio cuenta que estaban por debajo del gran pasillo que rodeaba la primera planta de la ciudadela. Era lo suficientemente ancho como para que cuatro hombres pasaran a la vez, pero también húmedo, mohoso y estaba peor iluminado que la casa del huraño de Malkat. Además, la suciedad parecía atraer pequeños ratones que entraban y salían por las grietas de la construcción.

A mitad del pasillo se cruzaron con una criada de unos cuarenta años. Braia se fijó en que la mujer hizo ademán de saludar a sus dos acompañantes, pero bajó la cabeza cuando le vio a él. Finalmente se sumergió en la oscuridad que ellos dejaban atrás.

—Perdónela, señó. Tié que comprender que la presencia d' un inicio aquí é bastante rara, vaya que sí.

—No pasa ná —. Cuando vivía en la aldea con sus padres, ver a un privilegiado le habría hecho aterrorizarse. Y ese sentimiento todavía perduraba en una parte de él.

Al final del pasillo el chico obeso y los dos sirvientes se encontraron una escalera que parecía devolverles al nivel del que el anterior descenso los había sacado. —Por aquí vamos directicos al centro de la primera planta. La zona en la que tán las cocinas de Levant, nuestros catres... el Tronco lo llamamos. Ocupa el centro mismo de la primera y la segunda planta. Los privilegiaos utilizáis la zona que la rodea toa en las dos plantas, toas las plantas d' arriba y la zona subterránea— añadió Menato a las palabras de

su capataz. Al ver su sonrisa salvaje Braia adivinó que no lo dijo para ayudarlo, sino por aprovechar la oportunidad de sentirse superior a un iniciado.

Finalmente subieron las escaleras. No eran demasiado largas o empinadas, pero se sentía excesivamente débil como para subirla sin esfuerzo. No había pasado una peor noche en su vida, ya que estuvo a duermela por temor a que volvieran Urobor y los suyos. Ni un solo momento se olvidó de la cara narizuda. La expresión del chico ya la había visto antes, cuando era un negado, un chusma negra. Era la misma cara que ponían algunos privilegiados las raras veces que pasaban por su aldea. Los más benevolentes los ignoraban, pero otros los trataban peor que a los animales.

<< Que un Negado pueda ser como ellos es lo que los enfurece para aplastarnos, que sea inferior es lo que les da razón para hacerlo. >>

Aun recordaba cuando él tenía cinco años. Un pequeño grupo de privilegiados pasó por su aldea. La población en la que se crió estaba al lado del sendero entre dos ciudades ocupadas por ellos, los llamados asentamientos. Cuando llegaron lo hicieron voceando por todo el pueblo y arrastrando un perro muerto. Todos en la aldea supieron que se avecinaban problemas.

Era un pueblo sin nombre, pues solamente los privilegiados ponían nombre a las aldeas para diferenciarlas. Para ellos, los siervos, la distinción venía por algún elemento característico del pueblo. La suya era la aldea de la higuera debido a que en la plaza principal se encontraba una.

Antes de que los privilegiados llegaran y fundaran Astan, muchos años atrás, la gente común tenía ciudades con nombre y vida propia, con murallas fuertes y reyes que les gobernaban justamente, pero ahora esas ciudades eran ruinas y su recuerdo un sueño lejano.

—En medio del camino reservado para ecoos hemos encontrado un perro muerto. Nuestro caballo ha tenido que esquivarlo y casi se cae uno de nosotros, lo que podría haber provocado su muerte. Debido a las leyes del Reino de Astan se busca al culpable. Nosotros lo acusamos de rebelión, entrar en espacios prohibidos para la chusma negra e intento de asesinato.

<<Solo era un perro muerto. Un maldito perro. >> Recordó mientras seguía subiendo la escalinata.

Nadie habló, pero su madre le agarró a él y a su hermana y los jaló para la casa más cercana, hecha de paja, madera y barro que pertenecía a una

conocida. Enseguida entendió por qué lo hizo.

— ¿Quién ha sido? — insistió uno de ellos. Llevaba una toga elegante de tejidos que nunca había visto, con un hombro al descubierto e intrincados pliegues que parecían producto de la moda y de una cuidadosa atención a los detalles.

— ¿Nadie? Muy bien —. El hombre, de barba finada y cara alargada bajó del caballo y se acercó al panadero, un hombre de panza flácida que era amigo de su padre. Susurró unas palabras para sí y realizó pequeños aspavientos con las manos. De repente un pequeño hilo, casi invisible, surgió de la mano del privilegiado que movido a voluntad por aquel privilegiado se deslizó como una serpiente por el aire, atravesando el cuello del panadero con un corte limpio. Todos empezaron a chillar, pero se callaron cuando los privilegiados lo ordenaron.

—Éste es tan culpable como cualquier otro. Y si no os calláis, chusma, seguiré buscando al dueño.

En los años que vivió en la aldea nunca había experimentado un día como aquel. Los privilegiados pensaron que era buena idea que les brindaran un banquete en su honor en la plaza principal. Incluso uno de ellos tuvo la desfachatez de aprovecharse de una chica no mucho mayor que su hermana por aquel entonces, utilizando la casa de los padres de la muchacha.

Al día siguiente, cuando aquellos hombres continuaron su camino, un grupo de casi una decena de jóvenes se despidió de la aldea para unirse a los piratas, marchándose a la costa. Entonces miró a su padre y entendió que él también quería irse, devolviéndole la mirada con sus ojos endurecidos por la vida entera de trabajo.

Hacía años que no lo veía, tampoco a su madre. Desde que los separaron a su hermana y a él y los arrancaron de la aldea, pero se juró a sí mismo que volvería a por ellos cuando pudiera, cuando fuera poderoso. Entonces los protegería.

La luz al final de la escalera le cegó unos instantes, y no fue hasta que se acostumbró a las antorchas que pudo ver donde se encontraba. La escalera daba a una sala de mediano tamaño, llena de útiles como troncos de madera, sacos de harina o escobas. Braia se percató enseguida que era un pequeño almacén que hacía las veces de sala de paso, por todas las puertas que nacían de sus paredes de tosca piedra.

—Yo iré a por mudas nuevecicas y lustrosas pál señó, de color negro de novicio. Supongo que tendremos q' ensancharle la chaqueta. Y a vé si

m'encuentro una coraza de su talla. Además d'unos pantalones lo suficientemente ancho. —. Anunció el viejo Torot. —Menato, haz el favó de llevarlo con Lesbet, ella le pué dar su rutina.

— ¿Rutinas? — preguntó sorprendido.

— Tós los iniciaos tienen una rutina que seguir. Vigilá las murallas, patrullá las aldeas d'al lao, practicá a caballo, estudiá la historia del Reino de Astan, música, matemáticas... Seguro que te dejaron la rutina encima del catre anoche mismito, pero no contaron con que dormirías arrejuntao a los ecoos, señó.

— ¡Menato! Por favó, señó. Perdónele... —el viejo volvió a besarle la mano.

—No pasa ná, no pasa ná —ahora sí, retiró la mano rápido, pero como su ropa estaba llena de barro y mierda no pudo quitarse la baba. Finalmente Torot se fue por una de las puertas laterales y dejó solo a Braia con Menato.

—Por aquí, mi señó —. El rubio hizo una reverencia patética y teatral, casi tocando sus rodillas con la cara. Se incorporó y abrió una de las puertas.

—No hace falta que me llames así, siempre he sido... ya sabes, uno de los tuyos. —se trabó varias veces. Hablar con desconocidos no se le daba bien.

Menato empezó a andar.

— Se te nota un poquico. Aunque no tós son como tú —. Su cara de incredulidad hizo dar una explicación mayor al siervo.

—Quiero decir que los Nou que vienen no hacen lo que tú. Casi tós ellos nos trata peor que el resto de privilegiaos, como si así sus peos no olieran una pizquica y asín se quieren olvidá de lo que fueron una vez, o ya é que ni s'acuerdan, pué los secuestran cuando son niños de teta. Por eso el viejo Torot t'ha tratao asín. Cada vez m'he dao cuenta que vienen más Nou, parece que nacen más hijos de negaos que consiguen el Don.

—Tú no parecías asustao —dijo mientras giraba detrás del siervo por una puerta a la derecha.

— No lo' staba. Si por mí fuera, las Tré Diosas os hubieran matao hace mucho a tós.

Braia no se lo tomó a lo personal. A decir verdad, a excepción de su

hermana y él mismo, todos los privilegiados le daban miedo.

— ¿Cuánto hace ya que te descubrieron el Don? —le preguntó.

— Unos siete años—ese es el tiempo que hace que no veía a sus padres. A la mayoría de los Nou se los llevaban a casas de privilegiados para que los adoptaran cuando apenas eran unos bebés, pero en él y su hermana lo detectaron más tarde. Por eso mismo vivieron tanto tiempo entre Negados, no como los otros Nou que apenas conocían a sus familias reales y habían vivido siempre entre privilegiados. También les daban un apellido, Laksmie en su caso gracias al viejo Malkat, pero el clan pasaba a ser Nou, para indicar que pese a todo no eran privilegiados completos. Nou, el clan de los hijos de la chusma negra. De repente recordó que aún no se había presentado. Por eso los Nou solían ser tan desconsiderados con los negados. Habían nacido como ellos, pero nunca habían vivido en las condiciones de uno, sino educado por privilegiados desde el nacimiento.

—Me llamo Braia —le dijo a la nuca de su interlocutor.

—Menato me llaman a mí, pero no te preocupes d´aprenderte como me llamo, que los iniciaos no tenéis q´hablarnos a nosotros nunca. É más, creo q´eres el único q´ha entrao aquí en mucho tiempo sin contar a Enebo Leva Stix, que´s el responsable de nosotros.

— ¿Enebo es vuestro jefe?

—De la ciudadela somos, pero Enebo Stix é el encargao de que hagamos el trabajo. Así que´n la práctica se comporta como nuestro amo.

—Yo si me puedo acordar de tu nombre. No soy como el resto, ¿recuerdas?

— ¿Qué parloetas tú? — se sorprendió el siervo.

— Has dicho que no tengo porque acordarme de tu nombre. Lo haré. No soy como ellos.

—Claro —dijo sarcásticamente. —Por eso m´ has dicho que te llamas Braia, como el héroe más famoso de los privilegiaos. Ese no é un nombre de negao. Seguramente ya ni t´ acuerdes de tu nombre de verdá. Y también como ellos hablas, no te creas que no m´he coscao.

Titubeó un poco antes de contestar. —Me llamo Ziro. Ese é mi nombre. —dijo al fin. Hacía mucho que no lo utilizaba, como si Ziro fuera otra persona, un niño que murió cuando lo separaron de las faldas de su

madre.

—Encantao, Ziro —. Aunque no le vio la cara, pudo adivinar que había sonreído.

Su acompañante abrió una última puerta e indicó a Braia que pasara. Era una estancia razonablemente grande que parecía teñida de un tono grisáceo, con una mesa larga sucia, bastante desgastada y dos largos bancos en sus costados. A juzgar por la decoración estaba seguro que era un pequeño comedor de los sirvientes. En un lado de la sala, de pie, un grupo se arremolinaba en un círculo con una mujer en el centro.

—Vosotros dó id a ordená los cuartos del uno al veinte de los guachos, vosotros tré del veinte al final. Cuando acabéis la faena aquí os necesito enseguida pá organizá las patrullas de noche. Vosotras cinco— ordenó la mujer a unas niñas que no pasarían de los doce años— ocuparsen de los cuartos de las iniciadas guachas. Os quiero aquí mismito pá la hora de comer, ¿estamos? El resto ocuparsen de la limpieza de las plantas dó, tré y cuatro. Las quiero tan limpiacas que pueda comer en el suelo. Menos tú, Sasam, a la cocina derechica que vas, andan muy justos hoy.

Cuando el grupo se diseminó siguiendo las instrucciones de la mujer, Menato y Braia se acercaron. De cerca pudo evaluar mejor a la sirvienta. Tendría unos cuarenta años y poca estatura, aunque con curvas que mostraban su feminidad y unos pechos grandes, aunque caídos. Era morena y con pecas en la cara, Braia pensó que más joven habría tenido a todos los hombres detrás de ella.

En cuanto los vio, Lesbet se sorprendió.

— ¿Q´ haces aquí, mozo? Deberías estar con el viajales de Torot en las caballerizas. ¿Ya t´has escapao otra vez pá ir tras las mozas? Con la escoba te voy a arrear ¡Deja d´holgazanear!

Menato le explicó todo a la mujer. Cuando llegó a la parte en que lo amenazaron en las cuerdas los ojos de ella se abrieron como platos, pero contuvo su furia esperando a que acabara de hablar. No obstante se acabó de relajar cuando le habló de que era un Nou en su segundo día y que había sido comprensivo con ellos.

—Perdónelos, señó —dijo, como asegurándose de que no tomaría represalias. —Con gusto le daré su rutina ya mismico. Enebo guarda una copia en su despacho del Tronco. —Se giró y a una adolescente que aún no había salido de la sala le gritó por su nombre— ¡Sasam! Vete a la sala d´Enebo, q´él no debe estar ahorica, así que no te preocupes. Tráete las rutinas de los nuevos iniciaos, é una orden —. La muchacha parecía temer

a Enebo, pero más aún a Lesbet, así que no dudó en hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

En cuanto se quedaron los tres solos, Lesbet pareció cambiar de actitud.

— ¿Así que éste es su segundo día, señor? — pese a las palabras de respeto, el tono de la voz era una mezcla entre inquisitivo y afectuoso, como una madre cariñosa que estaba a punto de regañarte. Braia asintió.

— Cada vez vienen más de los Nou, pero pocos son como tú. Tan... — Lesbet pareció buscar sus ojos, como si en ellos estuviera la respuesta a la palabra que necesitaba, o como si esperara sacar una opinión clara sobre él antes de pronunciar un adjetivo en voz alta. — Tan como nosotros. Eso é, tan pareció a un negao. Los Nou que vienen intentan pasá desapercibíos entre los que tienen el Don, pero a ti se te nota a la legua. Incluso en el color de la piel esa bronceada que tienes.

— ¿El color de la piel? — preguntó Menato. Aunque Braia sabía a lo que se refería. Había heredado el tono tostado de su padre. Su hermana, en cambio, tenía una coloración más suave.

— No me seas pisamostos, niño. ¿Acaso no sabes por qué nos llaman Chusma Negra? —no esperó la respuesta. —La mayoría de los Negaos faenan en el campo, pá las cosechas del Reino de Astan, solo unos poquicos lo hacemos en asentamientos o ciudadelas. Al estar tó 'l santo día al sol, su piel se vuelve oscura. La Chusma Negra. Y digo yo que si os comparo a vosotros dó y tuviera que decidí, creería que é Menato el privilegiao ¡Y tanto que sí! — Braia supo enseguida lo que quería decir, Malkat también se lo repitió muchas veces.

<<Podrás caminar entre nosotros, Ziro, pero nunca lo serás. Naciste negado y morirás negado, por más que Maggeme haya decidido darte el Don. >> Esas palabras resonaban en su cabeza cada cierto tiempo, aunque el viejo las hubiera dicho hace mucho.

— ¡Ni se t 'ocurra compararme con ellos!

—Cuidao con lo que dices, chico —la mujer le tiró de las orejas. — Cosas así puen llevarte a una muerte temprana y dolorosa.

— Gorlok debió haber ganao — bufó.

— ¿Qué? — preguntó él. Aunque de pronto se acordó. Gorlok, el líder de la Rebelión del Polvo. Un levantamiento de siervos hace varias décadas. Gorlok reunió un ejército enorme para luchar contra el Reino de Astan. Siervos de todo el reino se reunieron con él, dejando los campos y los asentamientos, cambiando las hoces por lanzas. Superaban en número a

los del Don y se dirigieron a la capital del Reino.

—Prefiero morir por rebelión antes que viví cien años en esclavitud.

Reconocía la frase, era de Gorlok, pero el chico la pronunció tan solemnemente que parecía inventada por él.

— ¿Sabes lo que le pasó a Gorlok? Que la espichó —sentenció Lesbet.

Al acabar la frase, la puerta se abrió detrás de ellos de nuevo, era Sasam con un pergamino largo que pasó a la mujer.

—Veamos. Los nuevos iniciaos tenéis q' está ahora mismo en las clases prácticas pá montar a ecoo. Pero é imposible q' acudas ya. Luego tiés descanso, que deberías aprovechá pá darte un agua y comer algo, si permites que te diga. Después de eso sale tu primera patrulla en Camporrojo. A última hora te vas tó tieso con la maestra Neodits. T' explicarán cómo van las cosas de la ciudadela ésta, aunque creo que ya te vas enterando, ¿no? Por suerte aún tenemos tiempo, siempre que Torot llegue rápido con tu ropa.

Capítulo 3

III- Camporrojo

Braia

Lesbet no puso ningún impedimento a que se bañara y cambiara de ropas, aunque Braia estaba seguro que la mujer hubiera preferido que lo hiciera en las termas de la ciudadela. Según le describió la mujer eran tan grandes como cualquier casa de una aldea, con salas dedicadas a baños de agua caliente y fría, esculpidos en fino mármol de Dientes de Dioses. Había escuchado hablar de esos recintos de los que los privilegiados estaban tan orgullosos, pero no se atrevía a presentarse delante del resto de iniciados y maestros con los dos dedos de roña que tenía en su cuerpo.

Como fuere, le dejaron a solas con un pozal roído y mohoso en una habitación utilizada para almacenar la ropa sucia.

—Ten cuidao de no salpicá demasiá agua, que luego nos toca fregá a nosotros y bastante lio tenemos ya como pá ir recogiendo tu estropicio
—le advirtió la mujer, aunque sin llegar a mostrar enfado alguno.

Cuando acabó, el agua del cubo tenía un insano aspecto negro que hizo a Braia preguntarse cómo era posible haber acumulado tanta mierda en un solo día. Entonces la cara de Urobor regresó a su mente. Se puso sus nuevos ropajes con dificultad. Ciertas partes le estaban estrechas, pero se las arregló como pudo. Las mangas le venían un poco largas y la tela incomodaba en las axilas, el vientre y la espalda.

Gracias a la sensación de limpieza por su cuerpo se sintió con energías renovadas, pese a que los músculos de todo su cuerpo rugían de dolor por haber dormido en un establo. Aun así abandonó El Tronco por donde le indicó Menato y siguió sus indicaciones para dirigirse al comedor de los iniciados.

Braia hubiera preferido quedarse con sus nuevos amigos y disfrutar de la sonrisa llena de sorna de Menato o esa especie de afecto gélido de Lesbet. Seguramente fueran los únicos que conseguiría tener, pero no tenía más opción que seguir su rutina.

Cuando llegó al comedor ya estaba abarrotado. Era una sala rectangular con vigas de madera apuntalando el techo alto. El grosor de las mismas sobrecogió a Braia. Habrían tenido que cortar un buen puñado de árboles milenarios para conseguir las piezas, tan gruesos como para ser

abrazados por cuatro hombres al mismo tiempo.

Afortunadamente nadie se fijó en él al entrar, aunque era consciente que parecía un idiota de pie mientras inspeccionaba toda la sala. Aquello le hizo sentir emociones contrapuestas. Por un lado se alegró de pasar desapercibido como un novicio de capa negra, pero a la vez sintió que Menato podría tener razón. Que en el fondo era un privilegiado.

El lugar se componía de mesas de madera circulares pensadas para una decena de comensales. Eran mesas simples sin decoraciones ni abigarramiento, pero muy bien trabajadas. Muchas de ellas estaban completas en ese momento.

<< ¿Cuántos siervos hicieron falta para levantar éste lugar?>> Se sintió culpable de estar disfrutando de la estancia. No era justo.

Por temor a que Urobor pudiera volver a aparecer, el muchacho ocupó un sitio en el extremo contrario a la puerta, para no ser tan visible.

Nada más sentarse se percató que su acompañante más cercano era el chico de la noche anterior, aquel cuyos sus amigos habían salvado.

—Tú eres Certus, ¿verdad? —el chico asintió mientras sonreía, cansado. Sus ojeras y lentos y torpes movimientos indicaban que había pasado la noche de celebración.

—Certus Leva Sacmis. Y tú eres Braia, el Nou.

Se quedó sin palabras ante la contestación.

— ¡Oh! No pretendía ofenderte. Simplemente es que se te nota a kilómetros.

Certus agachó la cabeza a modo de disculpa sincera, por lo que Braia pudo relajarse un poco.

Pudo comprobar que de la misma forma que sus rasgos delataban su origen de siervo, el porte, expresiones y fracciones de Certus dejaban ver que era un privilegiado de las clases más altas. Porque hasta donde Braia sabía, incluso dentro de ellos había diferencias sociales, y su familia adoptiva era de las más bajas.

—Luego tenemos una ronda de vigilancia juntos por la aldea. ¿Nervioso?—preguntó Braia. No sabía cómo hacerlo, pero quería caer bien a ese chico. Posiblemente fuera su única oportunidad.

— ¿En serio? Creo que tenemos diferentes rutinas. En una hora tengo charla con un maestro llamado Lerno Hydregon, luego nos han citado en

caballerías —se emocionó el adolescente. —Aunque ya sé montar, por supuesto. ¡Todo el mundo sabe!

Un escalofrío recorrió la nuca de Braia. Nunca había subido a un ecoo.

— ¿Estás bien? —le preguntó Certus.

—Sí. Simplemente es que no he pasado buena noche. He dormido mal.

—Te entiendo. Yo también estuve desvelado. Probé el Vino de Ceniza por primera vez, aunque paré pronto. Los amigos de mi hermano no han tenido tanta suerte. — afirmó. No sonaba a ninguna reprimenda, pero algo en su tono de voz, cansado pero seguro de sí mismo, junto a su expresión contemplativa le hacía parecer un anciano.

Al chico no le dio tiempo a seguir hablando. Un criado de unos cuarenta años se acercó hacia los dos con la cabeza gacha. Braia lo reconoció de haberlo visto en El Tronco un rato antes, pero el hombre lo ignoró completamente. Con un tono tímido preguntó por Certus Leva Sacmis y Rego Leva Sacmis.

—Yo soy Certus— se inquietó el chico. No tenía ni idea de que pasaba. El criado volvió por donde había venido apenas entregó el documento.

— ¿Qué es? — le interrogó.

—Ni idea, pero lleva el sello de mi familia— señaló el dibujo de la cabeza de un león con un par de alas sosteniéndola. Braia pensó que la familia Sacmis debía ser una muy influyente dentro del clan Leva como para tener un símbolo propio.

Certus abrió el rollo de pergamino rompiendo el sello, pero la cara cambió completamente al avanzar apenas unas líneas. Parecía confundido con la carta.

— ¿No la lees?

El moreno asintió. Siguió con sus ojos unas pocas palabras más y volvió a su estado catatónico.

—Certus, ¿pasa algo? — pero no contestaba. Braia se preocupó mucho por el chico.

— Mi abuelo....Mi abuelo ha muerto.

Su pésame no sirvió de nada al desconsolado quinceañero.

Le fue imposible detener a Certus cuando se levantó con lágrimas naciéndole del rostro y abandonó el comedor.

En ese momento Braia volvió a sentirse solo entre la multitud de iniciados.

Sintió pena por Certus, pero nada podía hacer él. Acabó su desayuno y se fue derecho al punto de reunión para cumplir su rutina.

Las murallas exteriores de Levant eran el lugar de reunión habitual para las partidas de las caballerizas, junto al acueducto que las cruzaba en dirección al depósito de agua de la ciudadela, y allí se dirigió.

Cuando llegó, lo primero que hizo fue divisar a un grupo muy heterogéneo de iniciados, tanto novicios como rubers o celes. Dos de ellos se acercaron, a uno lo conocía de la noche anterior.

—Tú debes de ser Braia. —era el chico que salvó a Certus. Junto a él estaba un chico de cara serena, alto y rubio a media melena. —Nosotros somos Pólux y Galad. Nos tenemos que encargar que ese culito tuyo vuelva sano y salvo de patrullar a Camporrojo. Has tenido suerte, es la aldea más cercana así que la cabalgada a ecoo no será dura.

—Gr...Gracias —se atrevió a decir mientras le pasaban las riendas de un caballo. —Pero yo no sé cabalgar.

Ambos le miraron sorprendidos. —Un iniciado que no sabe cabalgar. Vaya, esto es más raro que encontrar una virgen en una casa de citas. ¿Acaso no has tenido una lección a ecoo a primera hora?

—Sí, pero estaba durmiendo —. No pensaba contarles el incidente de Urobor. Podría ser que aquellos dos le prepararan otra ración de excrementos de ecoo.

—Eso ya no es tan raro. Veo que el recién llegado está adoptando las costumbres de los más veteranos de escabullirse cuando le da la real gana —. Bromeó Galad, aunque con un tono mucho más serio que Pólux.

Braia estuvo a punto de disculparse, pero entonces Pólux intervino.

—No es gran cosa, ya verás. Siempre lo mismo. Llegaremos y los lugareños se esconderán cuando nos vean llegar sobre ecoos, así que acabaremos volviéndonos con el único recuerdo del polvo en las ropas tras una anodina e innecesaria jornada.

Pólux iba a continuar hablando, pero se detuvo un instante. — ¿Qué te pasa, novicio? Parece que estás muerto de miedo. Hoy lidera la expedición el adjuntor Miselis, un viejo que cree que aún vive en la época de sus padres, que a juzgar por su edad debía ser hace milenios.

También vienen miembros de Los Mirlos, el mejor equipo de caballerizas.
—Añadió Galad, a lo que Pólux gruñó.

—De momento —añadió éste.

—De momento —repitió Galad, asintiendo.

Otros pequeños grupos hablaban entre sí a la espera de la partida a Camporrojo.

—El viejo Miselis siempre hace lo mismo. Seguramente esté en la cama intentando recordar en qué año se encuentra.

—Quizás si Bladis realmente se interesara por su puesto de magíster, el cargo de Miselis tendría alguna carga de trabajo adicional, pero el hombre está aquí simplemente para hacer carrera y poder optar a un cargo de mayor renombre en la capital —. Galad y Braia se quedaron mirando sorprendidos al chico.

— ¿Veis lo que me obligáis a hacer? Acabo de defender a Miselis. Anda y que os jodan—rió mientras continuaba.— Si el puesto de magíster, que es como el director del lugar, no dependiera directamente del Gran Consejo de la capital de Reino y se dejara de usar para escalar políticamente, quizás nos trajeran a alguien medianamente competente.

—Si hicieran lo que dice Pólux, la ciudadela de Levant sería de verdad una academia militar y un puesto fronterizo, y no la sala de fiestas de los iniciados.

— ¡Maggeme no lo permita, Galad! Menuda fiesta nos corrimos anoche con Certus.

Braia rió la ocurrencia y sopesó si intervenir, al final se decidió.

— Creo que lo que decís es bonito, pero imposible. Como puesto militar Levant es inútil. Se supone que el reino está en guerra, es cierto, pero la última batalla fue hace más de trescientos años —. Escuchar quejarse al viejo Malkat durante años mientras contaba lo mal que funcionaban las cosas en el Reino de Astan tenía sus ventajas, al fin y al

cabo.

—Míralo por el lado bueno. Si retamos a nuestros enemigos a un concurso de bebida podríamos conquistar el mundo. ¡Ese es el legado de Bladis El Limpio!

Galad miró extrañado a su amigo.

—Es el nuevo mote que le he puesto, ya que siempre llama a algunas de las siervas a mitad de noche para que adecenten sus aposentos —. Galad prefirió ignorar a su amigo ante tamaña falta de respeto.

— Ahí viene — anunció Galad mirando a lo lejos la reconocible figura de Miselis.

— Sí, y parece que le costaba tanto decidirse cuál era la mejor forma de peinarse y lavarse la cara que ha optado por no hacerlo —los que escucharon a Pólux rieron el chiste.

Llegó montado sobre su caballo, un ecoo bastante cuidado de piel parda e inusualmente alto y escuálido, aunque viejo y que no parecía que se fueran a molestar en reemplazarlo por otro de mayor calidad sino que lo exprimirían tanto como fueran capaces.

—Bien, veo que ya estamos todos —musitó nada más llegar sin levantar apenas la cabeza. Braia dudaba que siquiera lo hubiera comprobado, o que como mínimo supiera quienes formaban parte de la patrulla. De lo contrario habría preguntado por alguna otra ausencia que sin duda pensaba que su tiempo estaba mejor aprovechado babeando somnoliento sobre la almohada que trotando hasta una aldea en la que no se les había perdido nada. Más que a un hombre con poder en la ciudadela, le dio la sensación de encontrarse con un simple funcionario que no pensaba poner más esfuerzo del mínimamente requerido para realizar sus labores. — Vamos, entonces.

Todos montaron a sus caballos menos Braia, que no supo ni qué hacer. Incluso el puñado de novatos que allí se encontraban subieron a los ecoos con soltura. En cambio, él se quedó mirando a la bestia plateada con motas negras que tenía enfrente.

—No hay tiempo ahora para enseñarte a montar. Sube conmigo —le ordenó Galad mientras le ofrecía su mano para ayudarlo con gran dificultad. Braia era mucho más pesado que Galad, así que necesitaron de varios intentos hasta conseguir alcanzar la grupa.

Todos los demás iniciados le miraban atónitos y algunos incluso se reían abiertamente. Uno de ellos casi se cayó de su montura debido a las

carcajadas al ver que Braia no era capaz de montar su propio ecoo.

El chico agachó la cabeza. Sabía que era peor si les contestaba. Que la mierda de ecoo le esperaba de nuevo. Él era un siervo con una capa de novicio de la ciudadela a quien le habían amaestrado para que hablara sin parecer un paleta.

—Esa no es la damisela en apuros que esperabas encontrar hoy, ¿verdad?—Bromeó Pólux, a lo que Braia se avergonzó y musitó un simple Gracias que no estuvo seguro que Galad escuchara.

— ¿Acaso no te enseñaron a montar a ecoo? Es algo tan fácil como nadar o conjurar.

No contestó. Tampoco sabía hacer ninguna de aquellas dos cosas.

Miselis encabezó la marcha por el sendero allanado que nacía de la puerta principal, en las murallas exteriores de la ciudadela. El camino pasaba paralelo a otro mucho más amplio pero únicamente de tierra, que servía para el transporte común en animales de tiro corrientes, y que por tanto era mucho más lento.

El sendero de ecoos estaba delimitado con piedras rojas talladas en los bordes y allanada con baldosas lisas, lo que significaba que era de uso exclusivo para los ecoos, el cual podían usar exclusivamente los privilegiados. Pero no para los siervos.

Braia se volvió a acordar de la decapitación del panadero de su aldea. ¿Serían Pólux o Galad capaces de algo así?

Pese a que Braia conocía la velocidad que podían alcanzar aquellos animales, nada en el mundo le podía haber preparado para aquello. El acelerón inicial casi lo tira de la montura y únicamente un agarrón brusco a la camisa de lino de Galad evitó que se cayera. El jinete casi suelta las riendas debido al susto, pero consiguió mantener la compostura. Por el miedo Braia cerró los ojos pese a que se estaba mareando más y más, y cuando los abrió lo único que conseguía ver fueron manchas borrosas a los lados debido a la altísima velocidad que alcanzaban los ecoos. Quería vomitar, pero no se permitió pensar en aquella sensación creciente.

El sendero rojo se separó enseguida del común, usado por los sirvientes en su mayoría para abastecer a Levant. La diferencia de velocidad era abismal. Un ecoo bien entrenado podía dejar atrás al trote al mejor caballo común que se pudiera imaginar. Al galope no existía comparación

posible.

Miselis ordenó a su montura acelerar, por lo que los iniciados que le seguían apretaron el ritmo. Braia intuyó que para Galad y Pólux aquello no era ningún reto. Se levantó una brisa que le ayudó a despejarse de los efectos del mareo y del recuerdo del doloroso conjuro de la noche anterior. Ya no le dolía, pero su cuerpo parecía querer acostumbrarse a la sensación de agonía. Esperaba olvidarse de ese episodio, pero no parecía posible. La cara de Urobor estaba clavada a fuego en su mente. No por sus rasgos, los cuales no acababa de ubicar, pero sí su expresión risueña.

La partida de iniciados continuó su viaje durante casi cinco minutos. La velocidad de los ecoos no le dejaba conversar, pues la voz se perdía entre el viento, aunque tampoco se encontraba en disposición de hacerlo.

El viejo adjuntor paró la marcha de repente al darse cuenta que el camino viraba casi noventa grados a la derecha. Braia agradeció la pausa, aunque se resignó al ver que nadie bajaba de su montura. El ecoo de Galad relinchó ante la brusca parada al igual que el resto de caballos. Esperaba que ya hubieran llegado, pero no vio la aldea por ningún lado.

Por las caras de todos los veteranos, ellos sí sabían qué les esperaba y parecían asumirlo con resignación.

—Al pasar esta esquina veremos el escenario de la Batalla de los Mil Héroe. La Colina Roja, levantada sobre el Prado de Sangre — Miselis comenzó el discurso. Hasta Braia lo conocía por boca de Malkat. El relato de esa batalla entre el Reino de Astan y el de Athor era algo que todos los niños tenían grabado a fuego en su memoria, pero Miselis no se daba cuenta de ello. A su derecha Pólux bufó mientras levantaba la cabeza y fijaba su mirada en una nube en busca de paciencia.

— Hace unos 370 años, cuando Levant no había sido construido ni Maggeme había alcanzado la Iluminación, el valle estaba amenazado por el Reino de Athor. El rey Astan III El Sabio había incorporado este territorio un tiempo atrás al reino, pero los athoritas intentaron arrebatárnoslo enviando a su ejército. Sus guerreros eran de piel negra como la medianoche y sus armas forjadas con el alma de demonios. Su ejército avanzó desde los Dientes de Dioses, las montañas al este de aquí que separa ambos reinos.

>>El rey Astan III era ya viejo para combatir, o quizás estaba cansado de pelear después de un largo reinado contra los clanes del Valle de las Sombras —al decir esto, una sutil mirada reprobatoria se dirigió a un iniciado de piel pálida como la cera y porte desgarrado, que pareció ignorarla. —Sea como fuere, mandó al frente de sus tropas al mejor guerrero y general de su corte. Con él se dirigieron dos de sus hijos. La batalla tuvo lugar aquí, en el Prado de Sangre, y la pequeña colina que se

eleva en ella.

Braia veía a lo lejos Camporrojo, supuso que también tenía su nombre por aquella batalla debido a que el prado se tiñó completamente de la sangre de los muertos. Aún se divisaba la ciudadela de Levant, alzada en un terreno sin elevaciones como era el valle en el que se encontraban era fácil distinguirla. Por un instante empezó a divagar ¿Llegaría la batalla hasta esa zona? Levant se encontraba muy cerca de Camporrojo, incluso aunque no se usaran ecoos.

—Sea como fuere, la Batalla de los Mil Héroes tuvo lugar aquí. Se llamó así por todos los que perecieron para proteger al Reino de Astan de esos bárbaros. Se cuenta que las heridas causadas por las armas de esos infames no cicatrizaban, y que quien sufría una, moría desangrado. Por eso se llama Prado de Sangre. Además, en la Colina Roja que nace en el prado se llevó a cabo la peor parte de la batalla. Allí perecieron los dos príncipes a manos de El Infame —Miselis intentó una pausa dramática y miró uno por uno a los ojos a sus alumnos, pero éstos la única sensación que tenían era aburrimiento.

— ¿El Infame?— preguntó Braia en voz baja, aunque todos le oyeron. Algunos comenzaron a reírse por su ignorancia, otros le recriminaron por hacer a Miliesis dar todavía más explicaciones.

—Todos conocen a El Infame. Un guerrero athrowita que mató a tres reyes consecutivos: Astan III El Sabio, Erri I El Demente y al Rey del Hielo, último rey de Astan antes de la formación del Gran Consejo que nos sigue gobernando hoy día. También acabó con sus propias manos con varias princesas y príncipes para asegurarse la extinción del linaje real.

>>En esa batalla —prosiguió Miselis su explicación anterior —se decidió el futuro del Reino. Se capturó a El Infame y Braia, el Gran Héroe, volvió como el campeón de Astan. El rey lloró a sus hijos muertos y concedió honores a Braia. El primero de todos, la estatua que conmemora su hazaña aquí —. Miselis señaló una estatua a varias decenas de metros, un capricho gris en el prado que se abría a la derecha del camino.

<<Braia. >> De ahí provenía su nombre. El que su padre adoptivo le dio.

No les hizo acercarse, pero no le hizo falta. Forzó su vista para ver la estatua de un hombre alto, de barba rala y con el pelo corto. Su cara había perdido toda expresión después de tantos años expuesta a los elementos. Su armadura, en otra época llena de bajorrelieves, apenas podían distinguirse en ella ahora algunas pocas figuras. Lo que sí parecía como el primer día era su hacha doble a dos manos, también representada en piedra. La figura estaba muy maltrecha y apenas con detalles distinguibles, pero quizás por ello al imaginarse a Braia el Héroe, la mente de cualquiera podía representarlo con los detalles que le

parecieran más imponentes.

—Poco después se creó nuestra ciudadela para protegernos del Reino de Athor. Y no nos han vuelto a atacar. Se dice que los athoritas lloran de miedo cada vez que se atreven a imaginarse cruzando los Dientes de los Dioses. Pero si se deciden a atacarnos, la ciudadela de Levant protegerá al reino.

—A lo mejor no nos atacan porque no quieren que Miselis les suelte un discurso —susurró Pólux a sus amigos.

—Continuemos —ordenó el viejo.

Apenas tardaron unos minutos más en llegar al trote a la plaza principal de la aldea y Braia desmontó del animal incluso antes de que Galad se lo indicara. Se escondió de la vista de los demás para expulsar un líquido amargo y transparente.

Estaba seguro que para Pólux, Galad y Miselis aquella aldea lucía como todas las demás, pero Braia había aprendido en su infancia a ver las diferencias. Al contrario que su aldea de nacimiento, donde la residencia del legado se encontraba en la plaza principal, aquí parecía ubicarse a las afueras. Un pequeño pinar crecía entre unas chozas, más allá de una un pequeño pozo de piedra. El pueblo olía a castañas, piñones y agua estancada. Parecía un lugar alegre y bullicioso en comparación a donde él nació.

La plaza estaba adornada con una inscripción: Por la gracia del Gran Consejo de Astan, para recordar a los siervos a quién servían. Pero él sabía que daba igual, ningún aldeano que viviera en las aldeas sabía leer. No lo necesitaban.

—Por aquí, novato, pero intenta no vomitar encima de nosotros —le señaló Pólux. —Tenemos suerte de no alejarnos más de Levant hoy, al parecer unos bandidos han atacado las reservas de grano de Aguazul, la aldea cercana al mar.

—Habrán sido los piratas —dijo Galad, y Pólux asintió vehemente.

Braia prefirió evadir el pensamiento que llevaba atormentándole desde que supo que tendría que patrullar en una aldea. ¿Qué haría si tenía que enfrentarse a un siervo, a uno de los suyos?

Miselis carraspeó buscando la atención de los chicos. Cuando la obtuvo, empezó a pronunciarse de nuevo. —Ya sabéis como tenéis que actuar. Moveos por las calles principales y buscad gestos anómalos. No es

necesario que os relacionéis con los negados locales. Mientras tanto, yo iré a hablar con el legado, el administrador local.

—Siempre es igual, ya te acostumbrarás. Patrullar una aldea consiste en llegar a caballo, exhibirse por el pueblo para que los habitantes locales susurren a tus espaldas y esperar a que el cabecilla de la expedición, Miselis, en este caso, sea recibido por el legado en el lugar.

—Malkat es legado —interrumpió él. Era cierto, su padre adoptivo había pasado casi diez años en una aldea perdida de todos los mapas, donde nadie se acordaba que existía. Braia y su hermana pasaban el tiempo en la casa que el hombre tenía en Valece, la ciudad cercana. Su padre adoptivo no quería que se volvieran a mezclar con siervos.

Pólux prefirió ignorar su comentario. No parecía estar interesado en la vida de Braia. — Aquí la legada es una mujer entrada en años de la que no recuerdo el nombre. Seguramente no lo recuerde ni ella misma. La aldea está en teoría estaba bajo control directo de la administradora local, otorgado por el Gran Consejo de Hovro, pero a nadie le importa eso. Está a cinco minutos de Levant y desde la ciudadela le dicen hasta cuándo puede mear. Así que realmente es un cargo sencillísimo de realizar, a la espera de cumplir su plazo como legada y esperar una nueva asignación dentro de la Adminis para continuar escalando puestos. Mientras tanto, la mujer se dedica a ver sus lorzas crecer en la casa más grande de la aldea.

Braia sabía muy bien a lo que se refería. En la aldea de su niñez habían tenido varios legados. Los mejores los ignoraban mientras les mandaran suficientes alimentos para permitirse un banquete a la semana, pero otros decidían saciar otro tipo de apetitos también a costa de los aldeanos.

—Casi echaba de menos esto —musitó Pólux con sarcasmo. — Tanto como los discursos de Miselis. Podríamos ir a la taberna. El dueño tiene miedo de su propia sombra y apuesto a que no nos cobraría nada, al ser iniciados.

—Eso es porque Urobor y los suyos le destrozaron el local no hace mucho —protestó Galad, que parecía buscar algo con la mirada por la calle principal.

— ¿Y no le han castigado en la ciudadela? Una cosa es gastar novatadas a los nuevos y otra distinta destrozarse la taberna de Camporrojo, que está bajo la responsabilidad del legado —Braia escuchó con atención. Si aquellos dos reprobaban la actitud de Urobor, quizás no debiera temer

relacionarse con ellos.

—Si pudieran reprenderlo por ello ya lo habrían hecho. Pero aunque todos en la ciudadela lo saben, incluido los maestros, el tabernero es un negado ¿recuerdas? Se niega a acusarle por miedo. Sería su palabra contra la de un privilegiado. Seguramente el hombre prefiere reconstruir su taberna a tener que vérselas con alguien que sabe provocar dolor con un chasquido de dedos. —replicó Galad. El rubio recitaba el discurso, pero a Braia le dio la sensación de que las pronunciaba sin pensar siquiera en lo que promulgaba.

—Y supongo que el legado se desentiende del tema, ¿verdad? —bufó Pólux. El moreno tenía una expresión permanente en la cara de estar a punto de hacer una broma de mal gusto, lo que afeaba sus rasgos rechonchos. —Es más fácil hacer oídos sordos y no meterse en problemas, ya que el cargo tiene la duración de ¿cuánto? ¿Un año? ¿Dos?

—Deberías prestar más atención a las lecciones de Sanguin. Un legado obtiene un cargo por dos años, aunque pueden ser renovados.

—Como si tú hicieras otra cosa que no fuera dibujar mientras explican sus tonterías.

Galad evitó responder a esa acusación.

—Sea como sea, el hombre ya tiene bastantes problemas. Y fijaros en las caras de los negados. Nos evitan la mirada casi todos, y quien no lo hace parece que quiera pasarnos a espada.

Braia hizo lo que llevaba tiempo evitando y miró a los aldeanos. Fue como observar en un pasado que creía lejano. La mayoría se escondía al verles atravesar una u otra calle, cerrando ventanas y puertas bruscamente. Unos años atrás él estaba al otro lado de esas paredes, temblando de miedo junto a su hermana y sus padres.

—Creo que ni las putas del burdel querrían estar con nosotros esta noche. Maldito Urobor. Gracias a Maggeme no han inventado los burdeles formado por hombres, así las iniciadas solo nos tienen a nosotros —rió Pólux.

—Creo que en la capital hay uno de esos. Y he oído rumores de que en Hovro también —musitó Galad reprochando la idea. —No está bien.

— ¿Y cómo sabes tú eso? —volvió a bromear Pólux mientras Galad escupía en el suelo.

Antes de poder decir nada, un grupo de campesinas de más o menos su edad se quedó mirándolos, todas bajaron la cabeza y se apresuraron a

salir de allí. No podía culparles.

—Oye novato, ¿Sabes porque se llama Camporrojo?

Braia negó con la cabeza, confundido.

—Por los muslos de sus mujeres.

Quizás esperaba una risa por su parte, pero al ver que no llegaba, Pólux reclamó desdeñoso. Braia recordó el incidente de su aldea otra vez, y como los privilegiados se aprovecharon de las aldeanas. En aquel momento Pólux parecía de aquel tipo de persona.

Galad se vio en la obligación de justificarse— ¿No estarás pensando que venimos aquí a forzar mujeres?

— ¡Yo nunca he pensado eso!— mintió. Pensó en la imagen que estaba dando en aquel momento. ¿Los aldeanos le verían como uno de ellos, como un privilegiado sin honor que se creía con derecho a todo y todos? La sola idea le nubló la mente.

Después de unos minutos de silencio y de que Pólux intentara buscar algún lugar en el que beber algo, sin éxito ninguno, los tres chicos se pararon en un cruce de callejones. Braia se quedó un poco apartado de los dos amigos. ¿Qué estaba haciendo allí?

Mientras, los dos iniciados conversaban tranquilamente.

—Mis padres quieren que pase cuanto antes la prueba para ser un celes y luego que me presente a la prueba final. Dicen que no saben hasta cuándo podrán tener la suficiente influencia para meterme a trabajar con ellos en las caballerizas de algún asentamiento —replicó Pólux. —No entienden el problema, ¡Soy el condenado mejor cuidador de ecoos de la ciudadela! Estoy seguro que podré trabajar de ello en un futuro.

— ¿Y bien?

— ¡Que yo no tengo ninguna prisa! Aún me queda un par de años antes de estar preparados para las últimas pruebas, tú lo sabes, pero mis padres insisten en que me presente ya para adelantar los plazos.

—Maggeme proveerá.

—Siempre con lo mismo. Como si a la diosa le importara lo que coman

mis caballos.

Antes de poder contestar, Galad se excusó para ir a mear.

—Novato, ¿tú qué planes tienes para la ciudadela?

— ¿Yo?

—No, el otro novato que está un metro detrás de ti. ¡Pues claro que tú! ¿Quién si no?

Braia no supo que contestar. Acababa de llegar y no tenía la más remota idea de cómo conjurar, montar a ecoo o patrullar. En su opinión haber sobrevivido a la primera noche ya era un gran logro.

Pero si Las Tres Diosas querían que contestara no era ese día. Antes de poder retirarse y con pasos tan sigilosos que apenas se podían decir que se daban, una alta figura se acercó a por la espalda, y sin hacer notar su presencia proclamó:

—Miselis nos reclama a todos, os he estado buscando —. Braia se sobresaltó al notar la voz seca en su espalda. Se giró y pudo ver a un chico alto y bien parecido, de piel rosada y cabello rubio. De porte altivo y mirada profunda.

—Gracias Alss.

—Daos prisa, parece urgente —. Pólux lo miró con fría indiferencia y se dirigió a buscar a Galad, pues aún no había vuelto.

— ¿Qué es lo que quiere? — preguntó Braia cuando se quedaron solos. Temió que le ignorara por ser Nou, pero simplemente se encogió de hombros y sonrió. Cuando Galad regresó, los cuatro avanzaron de vuelta a la calle principal.

<<Seguramente Miselis ya haya acabado de hablar con la legada y quiera volver a Levant. >> Pensó. Galad, a su derecha parecía mucho más contrariado.

—Tranquilo, si quieres volvemos cualquier noche de esta semana. Yo visito a cualquier chica de Las Tres Diosas mientras tú te ocupas de tus asuntos. — le dijo Pólux sonriente ante la cara avergonzada y petrificada de Galad, pero el chico de pelo oro batido, alto y atractivo, parecía haber perdido el extraño encanto que emanaba de su expresión seria. Quería preguntar que sucedía, pero sabía que no iban a responder.

Llegaron de nuevo a la plaza principal, donde algunos siervos se ocupaban de sus ecoos. El caballo de Galad relinchó al verle acercarse. Sabía que esas bestias soportaban una gran carga, así que no era tanto por su peso como por llevar a un jinete inexperto en su grupa.

— ¡Gracias a Maggeme! — exclamó Miselis al ver a la patrulla reunida de nuevo. Todos habían llegado ya. El adjuntor parecía exaltado. Como si fuera a morir a la semana siguiente y acabara de percatarse. El sudor frío recorría su frente y los ojos se le escapaban de las órbitas, además no podía quedarse quieto, sino que sus pies danzaban nerviosamente.

—Tenemos una urgencia que debemos resolver cuanto antes —. El viejo tenía una especie de papel arrugado en la mano.

—Acaba de llegar este mensaje de Villaverde. Iba dirigida a la ciudadela, así que alguno tendrá que hacerla llegar mientras el resto de nosotros parte de inmediato. Esto no puede esperar, desde luego—. De la frente del anciano cayó un sudor frío producto de los nervios.

— ¿De qué se trata? — se atrevió a preguntar Alss.

Miselis carraspeó de nerviosismo y pasó su manga por la frente para limpiarse el sudor.

Hemos localizado una patrulla de athoritas en nuestras tierras. Han cruzado los Dientes de los Dioses para adentrarse en el Valle de Levant. Imploro ayuda.

Thoros Leva Marces, legado de Villaverde.

El silencio fue sepulcral, aunque todos pensaban lo mismo. Hacía casi cuatro siglos que los athoritas no se adentraban en el valle. Justamente desde la Batalla de los Mil Héroeos.

Capítulo 4

IV-

Braia

El murmullo no paraba de aumentar en la sala, lo que ayudaba a ponerle nervioso. No había podido imaginar que tanta gente acudiría allí, ya que no esperaba más que a los novicios que habían llegado a la vez que él. Miraba inquieto a todos lados pues quizás Urobor acudiera, y no él estaba dispuesto a untarse más mierda.

Justo cuando pensaba que iban a estar en aquel recibidor para siempre, como si fueran productos exóticos de contrabando pirata, una figura bajó por las escaleras. Todos se giraron al verlo, así que supuso que debía ser importante. Incluso el chico se podía dar cuenta solamente por la toga bien cuidada que portaba. Se percató que se trataba de Miselis, al que no había reconocido en un primer momento. No parecía el mismo. Se sorprendió como unas vestiduras y un poco de cuidado personal podía hacer maravillas en el viejo. Ya no era el desgarrado apático que le acompañó a Camporrojo. Incluso se había peinado, dando un porte solemne a su figura.

Custodiándole se encontraban un hombre y una mujer, pero no les hizo demasiado caso, ya que el adjuntor empezó a hablar.

— ¡Bienvenidos, jóvenes iniciados!— exclamó con júbilo. Al proclamar esas palabras un pasillo humano se formó entre el anciano, sus dos acompañantes y los novatos a costa de los iniciados más veteranos, que se apartaron de en medio.

Miselis no parecía poner demasiado empeño en que la breve charla de bienvenida a los novatos fuera divertida, sino más bien como un protocolo ineludible y no demasiado placentero.

—Permitidme que me presente, soy el adjuntor Miselis, segundo responsable de la ciudadela de Levant. Seguramente llevéis esperando este momento toda vuestra vida. El más tierno infante ya suspira en su primer halo con forjarse como hombre, y el anciano más decrepito sueña con volver a tener el honor de venir a realizarse de nuevo. Todos los hijos e hijas del Reino de Astan están destinados a servir un tiempo en una de las tres grandes fortalezas. Aquí os haréis hombres y mujeres orgullosos de servir a Astan. Os recibimos con los brazos abiertos, pues tenéis el Don. Y recordad que honrando a la ciudadela como iniciados os estáis honrando a vosotros mismos. Hace trescientos cincuenta y cinco años que

la ciudadela de Levant se encuentra en pie, nueve años después de que el Gran Consejo asumiera el poder después de la muerte del último rey. Este año, bajo el consulado de Mak Argos y Vey Balba, entráis a recibir la formación necesaria para convertirnos en ciudadanos de pleno derecho.

>>Aquí es donde debéis estar. Aquí es donde debéis servir.

Si el hombre esperaba una reacción jovial se equivocaba. Aguardó unos segundos en busca de aplausos que no llegaron. El silencio tenso lo inundó todo hasta que se decidió a retomar las escaleras en dirección a los pisos superiores con pasos dignos y firmes, pero que sonaban un tanto patéticos después del fracaso de su discurso.

— ¿Dónde está Bladis? —replicó alguien entre los veteranos, a lo que otras voces se unieron.

— ¡Queremos saber sobre el athrowita capturado!—exigió otra voz.

—Bladis se encuentra en sus aposentos, planeando que acción debemos llevar a cabo —la respuesta llegó desde los propios iniciados. Una chica de capa azul parecía profundamente ofendida por los ataques a Bladis.

— ¡Nos van a atacar!

—Vayamos a nuestras casas para estar a salvo.

Un griterío comenzó a propagarse entre los veteranos, que rodeaban por todos lados a los novatos.

Una mujer acompañante de Miselis se adelantó a sus compañeros para hablar.

—Ya basta. Esta es una ceremonia de bienvenida para los recién llegados. Quien busque algo más aquí pierde nuestro tiempo y el suyo propio —. No alzó la voz en ningún momento, pero consiguió calmar los ánimos de todos.

Miselis asintió ante las palabras de la mujer mientras se retiraba. Tanto ella como la otra figura que custodiaba al adjuntor se quedaron como torres a la espera de defenderse del ejército enemigo. La derecha estaba ocupada por un hombre de aspecto nervioso y con las venas muy marcadas en un cuerpo excesivamente delgado. Seguramente no tuviera ni treinta años, pero su aspecto le envejecía notablemente. Daba la sensación de haberse entregado a todo tipo de excesos que le habían consumido antes de tiempo. El pelo carente de brillo, los dientes amarillos

y las notables ojeras acentuaban tal impresión.

A la izquierda, por su parte, se encontraba la mujer, entre los treinta y los cuarenta años, de pelo negro, piel blanquecina y ojos carentes de expresión. Iba vestida con una túnica de sacerdotisa. Pero si algo se destacaba era su serenidad. Su expresión inamovible parecía tan inmortalizada en mármol como los relieves en las paredes de la sala.

Los murmullos corrieron de un lado a otro de nuevo, aunque el hombre nervioso intentó aplacarlos.

—Callaros... Por favor... ¡Silencio!— nadie le hacía caso, y su temblor en la voz le hizo soltar un grito agudo que provocó tímidas risas. Gran parte del ruido provenía de la mayoría de iniciados antiguos que estaban curioseando en el recibidor.

—Silencio— murmuró con una voz vaga y monótona la mujer. De no ser por el efecto apabullante de sus palabras, Braia juraría que apenas se habían podido escuchar. La sala quedó muerta instantáneamente y acabó dirigiendo su mirada inquisitiva a su compañero de pelo cobrizo para cederle la palabra. Éste gruñó desdeñoso y antes de decir nada miró hacia atrás para asegurarse que Miselis no podía escucharle.

—Me llamo Enebo Leva Estig y soy el supervisor del lugar, pero espero no tener que enterarme de nada —intentó bromear, guiñando un ojo forzosamente.

— ¡Cállate, conserje!— se oyó una voz entre el barullo de cabezas, atrás suyo. Casi todos rieron nerviosos, pero indecisos entre jactarse de Enebo o seguir exigiendo explicaciones sobre el athorita.

La poca autoridad que podía emanar de una figura con más piel que musculo quedó disipada. Enebo hizo caso omiso, pero su actitud viró en mitad del discurso. Braia reconoció la voz y tembló sin poder controlar su cuerpo. Reconocería ese tono sarnoso en cualquier momento, era la misma voz que le ordenó dormir con los ecoos.

—Espero que se os haya quedado grabado el consejo de Miselis, pero ahora estáis bajo nuestra autoridad —Se escucharon algunas risas ahogadas. —Si fuera necesario, vuestra vida está a nuestra disposición, novatos. Recordadlo. Estáis aquí para nacer como ciudadanos de Astan y dejar de ser patéticos chicos imberbes y niñas con más sueños que sentido común. Nada de chiquilladas —. Más risas, todas de parte del mismo grupo de veteranos ruber, de capa roja, y celes, de capa azul.

—Las normas están escritas en la puerta de mi despacho, en la tercera planta, para que cualquiera pueda revisarlas. No obstante voy a recordaros las más importantes. —. Nacieron abucheos por doquier. La

acompañante de Enebo se encontraba inmóvil, sin dar la sensación de enterarse siquiera de lo que sucedía allí.

—Norma 58. Los turnos de todas las tareas deberán ser cumplidos a rajatabla, tanto patrullar aldeas, caballerizas, entrenamiento marcial...

Por lo bajo se oyó un Si quieres te utilizamos para entrenar. Esta vez la broma no tuvo demasiado éxito, quizás porque no se oyó en toda la sala. El chico, por su parte, sonreía tímidamente intentando ganarse la aceptación de quien quisiera mirarle, pero a Braia únicamente le provocó lástima por Enebo.

—Norma 102. Queda prohibido salir de Levant sin permiso. Norma 113. Los sótanos inferiores, bajo las mazmorras, así como el piso superior quedan prohibidos para los iniciados. Norma 151. No se puede tratar a los negados que trabajan en la ciudadela de forma despectiva, ni ser objeto de...

— ¡Pero si ya lo eres tú!—otra vez del mismo grupo, esta vez reconoció la voz de Urobor. Braia rezó para que no le reconociera. Debía salir de allí lo antes posible. El pelo de la nuca se le erizó mientras intentaba ocultarse entre el resto de novicios.

No dio tiempo a que las risas llegaran. Su acompañante pareció hartarse, ya que avanzó a un primer plano y el murmullo se apagó, cambiando el ambiente de tal forma que nadie que acabara de entrar al recibidor hubiera adivinado que pasaba segundos antes. No supo decir que era, pero su presencia emanaba un aura diferente. Algo que te obligaba a mantenerte en silencio si ella lo requería. Los conseguía dirigir desde los escalones con mayor eficacia que un director de una obra teatral.

— ¿Os habéis divertido?— nadie contestó, pero la mujer disfrutó unos segundos del ambiente de control. Cuando volvió a hablar, Braia supo que nadie osaría desafiarla. —Bien, me alegro. Quiero solo a los nuevos, así que los que no lo sean que se separen de ellos, por favor.

Ni aunque se hubiera ensayado durante semanas podrían haber conseguido tanta coordinación ni celeridad. El rojo y el azul se separaron del negro.

— ¿Quién es?—preguntó al aire, en forma de tímido susurro. Sentía la necesidad de desbloquear en lo posible el aura de misterio que la rodeaba.

—Espica Xel Neodits, una de las maestras. —le respondieron en un susurro igual de débil, aunque no supo decir quién lo hizo.

Cuando imaginaba a una persona poderosa en el Don, siempre había pensado en alguien así. Serena y tranquila, pero con una fuerza interior que se antojaba terrible. Ni una sonrisa, pero tampoco una palabra más alta que la otra. A Neodits no le hacía falta. Todo lo contrario al viejo Malkat, cuya idea de una tarde tranquila era quejarse a gritos de todo lo que lo incomodaba pese a que nadie lo escuchaba jamás.

—Espero de todos vosotros una conducta ejemplar. No voy a dar ningún discurso, no perderé mi tiempo en eso. La ciudadela y el tiempo se encargarán de puliros. Los novatos ya habéis tenido patrullado y recibido vuestra primera clase a caballo. Mañana se os asignará una rutina completa. —Al decir estas palabras, Braia notó como la mujer lo miraba directamente durante una milésima de segundo. Ese instante se sintió desnudo, como si un monstruo de mil cabezas le acosara. Afortunadamente, todo acabó y aquellos ojos grises y nublosos se dirigieron a otro lado. Se giró sobre sí misma y empezó a subir ceremoniosamente las escaleras rumbo al piso superior. Torpemente, Enebo el conserje la siguió. Cuando se perdieron de vista, la sala de transformó en un tremendo caos en el que el chico intentó camuflarse.

Por suerte no tardó en encontrar dos figuras familiares, hablando entre ellos mientras esperaban a que la multitud se dispersara.

—Me da mucha pena que te vayas. Por supuesto siento que tu abuelo falleciera, pero es aún peor. ¡Te obligan a asistir al funeral justo ahora que tenemos un athorita en la ciudadela! Estas oportunidades solamente pasan una vez en la vida.

Certus asintió a las palabras de Pólux sin mucho ánimo.

—Estoy ultimando los preparativos del viaje. Espero interceptar a Rego por el camino, la noticia aun no le ha llegado, pues está camino de la ciudadela, volviendo de permiso desde Hovro.

—Al menos tenemos otro chico más afortunado que tú. ¡Míralo! ¡Nuestro amigo Braia, el mejor eccitem de la ciudadela! —se rió. — Espero que hayas disfrutado de la competición entre Neodits y Enebo para ver quien meaba más lejos. Una lástima. Yo he acudido para ver si el magister Bladis El Limpio os honraba con su presencia e informaba sobre las novedades del athorita. ¡Estarás contento! Hubiera dado cualquier cosa por tener unas primeras jornadas en la ciudadela tan interesantes como las tuyas. Eres un Nou con mucha suerte.

—Bueno...gracias — Braia sabía que la retórica no era lo suyo, pero aun así pocas veces se había sentido tan torpe con las palabras como entonces.

Otra voz se escuchó de lejos. Adivinó de quien se trataba incluso sin girarse.

— ¡Allí está! Ziro, ven aquí.

Pólux y Certus se alteraron al instante.

— ¿Sabes qué? Creo que debo rectificar. No eres un chico con suerte si Urobor la toma contigo. Certus, vámonos. Como te pase algo, Rego me sacará las tripas y me las hará comer.

— Esperad, por favor. ¡Ayudadme! — pero sus súplicas fueron en vano. Ambos iniciados se escabulleron ignorando sus peticiones. Incluso Pólux le apartó la mano cuando Braia intentó agarrarle. — ¡Amigos, por favor!

— No, Braia. No somos amigos. Lo siento, pero no es nada personal —. Aquellas palabras le dolieron más que todas las patadas en las costillas que pudiera recibir.

— ¡Pero si es Ziro el Comeestiércol! Ya te echaba de menos. ¿Dónde vas, Nou?

Intentó ignorar a Urobor y a los suyos, pero fue imposible. Una mano le agarró del hombro. Giró su cabeza y pudo ver a Faile.

— ¿Por favor? ¡Pero si estamos entre amigos! Arshe, Faile, Ursa, Galatea, vamos a divertirnos con el Nou.

Braia hizo lo único que se le ocurrió en ese momento y comenzó a huir aprovechando la multitud.

— ¡Que no escape! Ese gordo no puede correr más que nosotros.

Sabía que no podría mantener el ritmo mucho tiempo. Su cuerpo se cansaría enseguida y el flato acabaría con él mientras que sus perseguidores aun estarían frescos, así que esprintó hacia el gentío que abandonaba el lugar. Sintió sus lornas impregnadas en sudor botar con cada movimiento.

Esquivó como pudo un haz de luz grisácea que impactó en el suelo, pero no se detuvo. En su carrera empujó a algunos iniciados, que le recriminaron sus modales, pero muchos otros simplemente no quisieron involucrarse al ver a Urobor y a su grupo.

Viró por un pasillo enorme que estaba seguro conducía a las habitaciones de las chicas. ¡Si al menos supiera como llegar al Tronco! Se cruzó con

varias iniciadas que le miraron sorprendidas.

<<Los chicos aquí no están permitidos>>

En El Tronco Menato, Lesbet y Torot podrían ocultarle. Pero aparte de la entrada exterior no conocía ninguna otra. Sabía que sus perseguidores estaban cada vez más cerca, así que se arriesgó. No le quedaba otra opción.

Braia se paró en seco, abrió una puerta de una habitación al azar y entró de la forma más sigilosa que pudo.

Se apoyó detrás de la puerta hasta asegurarse de que Urobor y los suyos pasaban de largo. Aun así no podía arriesgarse.

Entonces miró al lugar al que acababa de entrar. Frente a él una chica de cabello color roble, ancha de caderas y figura atlética se estaba cambiando de ropa. No le hizo falta más que un segundo para reconocer aquel cuerpo, aun cuando la melena tapaba su rostro.

— ¿Shrista? ¿Hermana?

La iniciada brincó del susto hacia atrás mientras se tapaba todo lo deprisa que podía.

Lo primero que hizo la chica fue gritar.

— ¡Violador! ¡Socorro! —. Se encontraba sola en el cuarto en aquel momento, aunque albergaba cuatro camas.

Entonces detuvo sus gritos cuando él se lo pidió. Era su hermana. La única persona que le había acompañado toda su vida. A quien separaron de sus padres también y con quien convivió en casa de Malkat.

— ¿ Br...Braia? ¿Qué haces aquí?

—Yo... Llegué ayer. Creí que me buscarías —. Shrista finalmente se puso una fina camisa antes de lanzarse a abrazar a su hermano.

—Lo siento, yo....

Desde fuera, una voz endemoniada retumbó.

—Comestiercol, te estoy esperando. No creas que esta noche vas a librarte de dormir con las yeguas.

No hicieron falta palabras. Braia supo que su hermana entendía que

estaba sucediendo.

—Quédate en la habitación conmigo. Para ser honestos yo tampoco me atrevo a salir, al menos no sin Rego o mis amigas.

— ¿Rego?

— ¿Eres idiota, hermano? Ya sabes que Rego es mi novio. Es capaz de mantener a raya a Urobor y los que son como él —. Al escuchar estas palabras, un rayo de esperanza cayó sobre Braia, pero Shrista no pareció compartirlo.

—Braia.... mira, las cosas aquí no son como tú piensas. Además, hoy todo el mundo está muy alterado. Incluso mis amigas han salido para ver que pueden averiguar sobre los athoritas. ¡Yo casi no puedo ni moverme! Menos aún salir de la habitación. Creo que Urobor estará todo el día de mañana fuera, así que podremos estar más tranquilos.

— ¿Conoces a Certus, a Pólux y a Galad?

—Son el hermano y los amigos de Rego, claro que sí.

— ¿Crees que ellos podrían ayudarme? SI tú se lo pidieras, claro.

Shrista negó con la cabeza.

Era ella, pero a su vez era alguien diferente, como si la ciudadela la hubiera moldeado en alguien más. Como si a la chica jovial y despreocupada de siempre le hubieran plantado una semilla en lo más profundo de su ser. Una semilla que ahora brotaba y le amargaba por dentro. Ya no bromeaba tanto como solía hacerlo, y sus ojos habían perdido la inocencia que Braia recordaba de años atrás. Sabía que ya nunca más jugarían juntos, ni fantasearían sobre huir a cualquier lugar fantástico más allá del horizonte.

—Te lo estoy diciendo, hermano. Ellos no nos harían daño, pero no busques héroes entre estas paredes.